

ARMAS Y LETRAS

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-
TES · LITERATURA · PASATIEMPO · CURIOSIDADES
— VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS —

— DIRECTOR PROPIETARIO —
VICENTE VALERO DE BERNABE

31 DE AGOSTO DE 1924
AÑO V NUMERO 86

BIENOT
MUNICIPAL
MADRID



Avanzamiento de Madrid

LA PISTOLA NACIONAL



Fabricantes: ESPERANZA Y UNCETA
GUERNICA (VIZCAYA)
DELEGACIÓN GENERAL A. V. DE BERNABÉ
DUQUE DE OSUNA, 3.ª-MADRID

Única reglamentaria en el Ejército
Única reglamentaria en la Marina de Guerra
Única reglamentaria en el Cuerpo de
Carabineros, en el Cuerpo de prisiones y
para los Jefes y Oficiales de la Guardia
civil

CALIBRES, 9 mm. 7'65 y 6'35

Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos
estas pistolas por conducto de

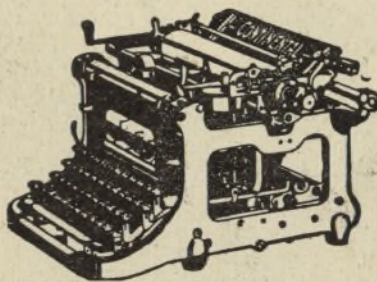
ARMAS Y LETRAS

PEDRO ANDION

IMPERIAL, 8 Y 16, Y BOTONERAS, 8
TELÉFONO 14-87 M.

Lonas para toldos y cortinas.—Lencería, cutíes y terlices para colchones.—
Saquerío para envases de lanas y cereales.—Cordelería y tramillas.—Yutes
para enfardaje.—Mantas, colchas y géneros blancos.—Gutaperchas.—
Lanillas para banderas.

LA MAQUINA DE ES-
CRIBIR QUE REUNE
TODOS
LOS ADELANTOS
MODERNOS



PIDANLA A PRUEBA
A LOS CONCESSIONA-
RIOS EXCLUSIVOS para
ESPAÑA, PORTUGAL
y MARRUECOS

ORBIS, (S. A.)

MADRID: Hortaleza, 17.—Teléfono 44-58 M.
BARCELONA: Balmes, 12.—Teléfono A. 458.
VALENCIA: Mar, 8.
BILBAO: Ledesma, 18.
PALMA DE MALLORCA: Quint, 7.
SEVILLA: Rivero, 7.
TOLEDO: Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par máquina de escribir CONTINENTAL, se venden
máquinas de ocasión de todos los sistemas, en buenas condiciones.

CALCULADORAS

ALQUILER

Taller de reparaciones de toda clase. --:-- Accesorios para todos los sistemas.

Especialidad en Muebles de Oficina. --:-- --:-- --:-- PIDAN PRESUPUESTOS

Ayuntamiento de Madrid

INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA
FOTÓGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Romea)

Tres carnets para identidad 3 pesetas
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme
que se desee para cuartos de banderas y
estandartes a 25 ptas. *Novedad fotográfica*,
33 calcomanías para aplicarse en
papel, cartas, cintas, esmaltes 5 pesetas

BLANCO HUECAS
para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más
utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsímiles
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas
Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID

Admón. de Loterías núm. 16.—P. de Santa Cruz, 2
Su administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultra-
mar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan
acompañados de su importe

R. FERNÁNDEZ ROJO, GRABADOR
Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases
Teléfono, M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

AVISO: La casa que más paga oro, plata,
platino, dentaduras, alhajas y pape-
letas del monte. Plaza de Santa Cruz, 7 (Platería)

CASA HERNANDO
MAYOR, 29
Teléfono, 24-85 M

Venta de toda clase de máquinas de escri-
bir. Reparaciones muy económicas, acce-
sorios de toda clase. Cintas, papel car-
bón, tampones y efectos de escritorio. Se
hacen abonos para Madrid y provincias.
Presupuestos gratis

Tartarín de Tarascón

POR ALFONSO DAUDET

I

El jardín del baobab

Mi primera visita a Tartarín de Tarascón me ha
quedado impresa en la memoria como fecha inol-
vidable de mi vida: hace de ello doce o quince
años y la recuerdo como si fuera ayer. El intrépido
Tartarín habitaba entonces una casa a la en-
trada de la villa, la tercera a mano izquierda en
el camino de Avignon. Lindísima villa tarasconesa,
con jardín delante, balcón detrás, blanquísimas
paredes, verdes persianas, y un enjambre de Sabo-
yanitos jugando a tantos, o durmiendo de panza
al sol con la caja de los artefactos necesarios pa-
ra limpiar el calzado por almohada.

La casa, vista exteriormente, no tenía nada de
particular.

Nunca se hubiera uno creído ante la morada de
su héroe. Pero cuando se entraba en ella, ¡cáspi-
ta que de cosas!...

Desde el sótano al desván, todo el edificio tenía
aire heroico, ¡incluso el jardín!... ¡Oh! el jardín de
Tartarín: no había otro igual en toda Europa. Allí
no se veía ni un árbol del país, ni una flor de
Francia. Sólo plantas exóticas, árboles de los
trópicos, gomeros, algodonereros, cocoteros, man-
gos, plátanos, palmeras, un baobab, nopales, coc-
tús y chumberas en profusión hasta creer uno
encontrarse en plena Africa central a diez mil le-
guas de Tarascón. Todo ello, naturalmente, no
llegaba a ser de tamaño natural; así, por ejemplo
los cocoteros no eran mucho mayores que una
remolacha, y el baobab que es un árbol gigante
se arraigaba como podía en un tiesto de resedá

Anuncios por palabras

LITERATURA Militar preceptiva, por
Fernando Altolaguirre. De texto en
la Academia de Caballería. Único
libro de consulta, sobre tal materia,
para el Cuerpo de oficiales. Precio,
con el apéndice, 8 ptas. Pedidos al
autor, Lista, 73.—Madrid.

PARA pasar un rato distraído, nada
más apropiado. Cervecería-Bar, ser-
vido por señoritas. Cádiz, núm.

PARA hombres.—Ayer ventruado, hoy
enjuto: es que uso las FAJAS DE
JUSTO. Probarías es adoptarlas.
Carmen, 10, corsetería.

GRAN HOTEL.—Alicante. Propietario,
Miguel Simón. Servicio esmerado.
Los militares, mediante la presenta-
ción del carnet militar, obtienen una
bonificación del 10 por 100.

CLEMENTE Y GARCIA.—Camisería. Ro-
pa blanca. Equipos. Canastillas. Ba-
tas. Especialidad en blusas. Calle
Mayor, 34. Madrid.

ACERO.—Sastrería militar. Fábrica
de paños en Béjar. Proveedor de la
Cooperativa del Ministerio de la
Guerra. Se remiten modelos de pren-
das a las juntas económicas. Talle-
res: San Marcos, 36 y 38. Madrid.

¿CALLOS? UNGÜENTO MAGICO

es el callicida por excelencia. Pregunte a cuantos lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres días saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pídale en farmacias y droguerías. 1,50. Por correo, 2 pesetas. FARMACIA PUERTO, Plaza San Ildefonso, 4, MADRID

pero, lo mismo dabal, para Tarascón era ya notable y las personas de la villa, recibidas el domingo para poder tener el honor de contemplar el baobab de Tartarín, salían de allí llenas de admiración y contento.

¡Pensad, pues, la emoción que debí experimentar aquel día al atravesar este maravilloso jardín!... Más fué mayor mi impresión cuando me hicieron pasar al gabinete del héroe.

Este gabinete, una de las curiosidades de la villa, hallábase situado en el fondo del jardín comunicando a pie llano y de pleno con el baobab por una puerta ó vidriera.

Imagínalos una gran sala atestada de fusiles y sables de arriba a abajo: allí había armas de todos los países del mundo; carabinas, rifles, trabucos, cuchillos de córcega y catalanes, cuchillos-revolver, puñales, facas, *kris*es malayos, flechas caribeas y de pedernal, boxers, macanas, mazas hotentotas, lazos mejicanos y, ¡qué se yo que más.

Todo ello, iluminado por penetrante sol que reflejaba sobre los aceros y empuñaduras de las armas, como para hacerle poner a uno los pelos de punta... Sin embargo, lo que tranquilizaba un poco, era el extremado orden y propiedad que reinaba en la yatagonería. Todo estaba arreglado, cuidado, pulido y rotulado además como en una farmacia, de trecho en trecho, en algún pequeño letrero hecho con la mayor buena fé podía leer:

Flechas envenenadas, ¡no tocarlas!

Armas cargadas, ¡tener cuidado!

El Arca de Noé

CASA ESPECIAL EN SUMINISTRO DE OFICINAS

PAPELES DE HILO Y ALGODON — SOBRES DE TODAS CLASES Y TAMAÑOS
STILOGRAFICAS GARANTIZADAS—LIBROS RAYADOS—TINTAS DE 1.ª CALIDAD

VENTAS AL POR MAYOR Y AL DETALL

CORREDERA BAJA, 39.—TELÉFONO 44-79 M.—SUCURSAL: CALLE DEL PEZ, NÚM. 2.

SERNA

COMPRO,
VENDO

Alhajas,

Papeletas del Monte,

Oro, Plata,

Relojes de buenas marcas,

Antigüedades,

Pianos, Autopianos

Escopetas,

Máquinas fotográficas,

Gramófonos,

Máquinas de escribir,

Prismáticos

y cualquier objeto de valor

HORTALEZA, 9

TELÉFONO, 53-51

ARTICULOS DE OCASION

¡A no haber habido tales escritos, no hubiera sido yo jamás quien entrara!

En el centro del gabinete había un velador, y sobre el mismo una botella de ron, una bolsa tur-

ca con tabaco, los viajes del capitán Cook, novelas de Cooper, de Gustavo Aimard, tratados de caza, la caza del oso, la del falcón, la del elefante, etc., etc. Finalmente, junto al velador hallábase sentado un hombre de unos cuarenta a cuarenta y cinco años pequeño, grueso, tripudo y colorado, en mangas de camisa, con chaleco de franela, fuerte barba corta y chispeantes ojos: en una mano tenía un libro y con la otra manejaba una enorme pipa con tapa de hierro, y, leyendo no se que estupendo caso de cazadores con largas cabelleras, hacía, avanzando el labio inferior, una mueca terrible que daba a su bizarra figura de abomodoado rentista tarasconés, ese mismo aspecto de bonachona ferocidad que reinaba en toda la casa en general.

Aquél hombre era Tartarín, Tartarín de Tarascón, el intrépido, el grande, el sin par e incomparable Tartarín de Tarascón.

II

Golpe de vista general, dado sobre la villa de Tarascón: los cazadores de gorras

En el tiempo de que os hablo, Tartarín de Tarascón no era aún el Tartarín que es hoy, el gran

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA

JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. - Gemelos prismáticos Busch-Zeiss-Gorner.
Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. - Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M 4.205. - MADRID

Escopetas. - Artículos para caza y viaje. - Objetos para regalos. - Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. - Pañuelos de Manila, mantillas de encaje

tarasconeses organizaban batidas en contra de ella. Hace, pues, de ello mucho tiempo, como podréis suponer.

Por consiguiente, todos los domingos por la mañana, Tarascón se pone sobre las armas y se lanza a las afueras, con el zurrón a la espalda, la escopeta al hombro, y una barahunda de perros hurones, trompas y cuernos de caza. Da placer ver aquello... pero, por desgracia, la caza falta y falta en absoluto.

Por bestias que sean las bestias, a la corta o a

ESTABLECIMIENTO DE JORDANA

Príncipe, 9.-MADRID.- Teléfono 4.038

Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES. — BANDERAS PARA REGIMIENTOS. — FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES. — CHARRETERAS, DRAGONAS Y HOMBREAS. — CASCOS, GORRAS Y ROSES. — CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN. — SABLES, ESPADAS Y ESPADINES. — ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS. — BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA. — ESTRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES. — CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS. — ESPUELAS, ESPOLINOS, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

Tartarín de Tarascón tan popular en todo el mediodía de Francia. Sin embargo—en dicha época—era ya el rey de Tarascón.

Digamos de donde le provenía este reinado.

Ante todo, debéis saber que allá todo el mundo es cazador, desde el más chico al más grande. La caza es la pasión del tarasconés, y ello data ya de los tiempos mitológicos, en los que la Tarasca habitaba los pantanos de la villa, y en los que los

la larga acaban siempre por escamarse, no hay que darle vueltas.

A cinco leguas a la redonda de Tarascón, las madrigueras están vacías, los nidos abandonados. Ni un mirlo, ni una codorniz, ni conejo, ni mastín-pescador alguno.

Y eso que son en extremo seductoras aquellas montañitas tarasconesas, perfumadas de mirto, de espliego, de romero y de tomillo: y los gruesos y azucarados racimos de uvas cuyas cepas escalonan las orillas del Ródano, son también seductoramente apetitosos... Ciertamente, más detrás del pequeño ámbito de los pelos y de las plumas, está Tarascón, y Tarascón tiene muy pésima reputación. Hasta las aves de paso lo tienen señalado preventivamente, con una cruz hecha sobre las ojas del camino, y cuando los patos salvajes bajan hasta la Camarga, describiendo en su vuelo anchos triángulos, al apercibir de lejos el que va delante, los campanarios de la villa, empiezan a gritar con toda su alma: «¡Cuidado que ahí está Tarascón! ¡Tarascón!... ¡ahí está Tarascón!...» y

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR

DE

CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. * * * Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda. 5. MADRID

Calleros: Zutor 1. y Ventura Rodríguez. 17.

Teléfono 1.548 - J

toda la bandada en huida, describe entonces con su vuelo la figura de un gancho.

En resumen, en cuestión de caza, no quedan en el país más que una liebre vieja y muy lista escapada por milagro de las degollinas tarasconesas, que se ha emperrado en vivir allá, ¡quieras que no!

En Tarascón esa liebre es muy conocida. Hasta la han dado su nombre. Denomínala *la rápida*. Se sabe que tiene su escondite en la propiedad del señor Bompard,—lo que, de paso sea dicho, ha hecho que doblara y hasta triplicara el precio de ese terreno,—pero el caso es que no la han podido coger aún.

Sin embargo, hoy por hoy ya no quedan en el país más que tres o cuatro tercios que la persiguen aún encarnizadamente.

Los otros no se preocupan por ella, y *la rápida*

JESUS MARTINEZ

- ESPECIALIDAD EN GORRAS DE PLATO -
— Roses — CHACOTS Y CALPAIS —
Mayor, 57, MADRID. (Frente al café de Platerías)

de la villa. Reúnense en pequeños grupos de cinco o seis, y acomodándose tranquilamente a la sombra de un pozo, de una pared o de un molino, sacan de sus fiambreras un buen trozo de buey adobado, cebolla cruda, un salchichón y algunas anchoas, y empiezan un almuerzo interminable mojado con ese buen vino del Ródano que produce efectos de cantos y risas.

Después de lo cual, cuando están ya del todo listos, se levantan, cargan los fusiles, llaman a

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

~ DE ~

ARMAS Y LETRAS

TUTOR, NUMERO 6 MADRID TELEFONO, 26-84 J.

SE HACEN TODA CLASE DE IMPRESOS PARA LOS CUERPOS
DEL EJERCITO

~ LIBROS ~ FOLLETOS ~ TRABAJOS DE LUJO ~

PIDAN PRESUPUESTOS

Descuentos considerables a los suscriptores de "Armas y Letras"

ha pasado hace tiempo a categoría de superstición local, aunque el tarasconés es poco supersticioso por naturaleza y se come sin empacho las golondrinas en salmorejo siempre que las encuentra.

—¡Entonces! me diréis, siendo la caza tan rara en Tarascón, ¿qué hacen pues los cazadores tarasconeses todos los domingos?

¿Qué hacen?

Pues se van a la campiña, a dos o tres leguas

los perros y empiezan a cazar. Es decir, toma cada uno de ellos su gorra y echándola al aire con toda su fuerza, la tira al vuelo.

El que la toca más veces es proclamado rey de la caza, y entra por la noche triunfante en Tarascón, con la gorra acribillada en la punta del fusil, entre ladridos y griterías.

Inútil es decir que en la villa es importante el comercio de gorras para caza. Hasta hay sombreros que venden gorras agujereadas y destroza-

BORISOL ANTISEPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos génito-urinaros.

FARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.—MADRID

RECLUTAS DE CUOTA

Acudid para aprender la instrucción a la ESCUELA CIVICO-MILITAR

La mejor y más conveniente.

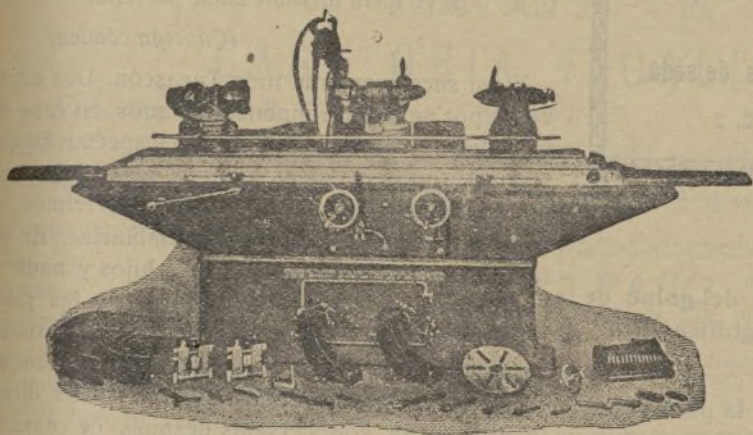
Maquinaria y Herramientas

S. A. M. FENWICK

— Consejo de Ciento, 421

BARCELONA

Instalaciones completas para talleres de construcción y reparación y fundiciones de hierro y acero.



Rectificadora "BROWN & SHARPE"

Máquinas de roscar en roscas de madera—:—Aparejos de elevación «YALE»

GRANDES EXISTENCIAS EN NUESTROS ALMACENES

ESTUDIOS Y PRESUPUESTOS GRATIS

PÍDASE EL CATÁLOGO DE HERRAMENTAL

das a drede para los torpes; pero no se sabe que las compre nadie más que el boticario Bésuquet. Resulta denigrante!

Como a cazador de gorras, no había quien le pasara la mano por la cara a Tartarín de Tarascón. Todos los domingos por la mañana salía con su gorra nueva; todos los domingos por la noche volvía con un pingajo. El desván de la casita del baobad, estaba atestada de estos gloriosos trofeos. Así, pues, todos los tarasconeses le reconocían como maestro, y como Tartarín se sabía al dedillo el código del cazador, pues había leído los tratados y manuales de todas las cazas posibles

desde la de la gorra hasta la del tigre birmano, los tarasconeses habíanle constituido en gran consejero cinegético y le tomaban por arbitro en todas sus discusiones.

Todos los días, de tres a cuatro, veíase en casa del armero Costecalde un hombre grueso, con aire grave y la pipa en la boca, sentado en un sillón de cuero verde en el centro de la tienda, llena de cazadores de gorras todos de pie y en ferroz barahunda. Era Tartarín de Tarascón que ejercía justicia.

Un Nemrod ingerto de Salomón.

CENTRO GRAFICO ARTISTICO

TALLERES DE FOTOGRAFADO

BLASCO DE GARAY, NUM. 32

TELEFONO, NUM. 22-09 J.

ESPECIALIDAD EN TRABAJOS DE COLOR

GRANDES ALMACENES DE SALVADOR DELTELL

(CASA DEL VALENCIANO)

RIBERA DE CURTIDORES, 18 - MADRID

Construcción de toda clase de correajes y equipos de caballo para el Ejército

— SE PAGAN —

Compra y venta de toda clase de desechos militares en cualquier punto de España

ALTOS PRECIOS

EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

• • •

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

III

¡Nan! ¡Nan! ¡Nan!—Continuación del golpe de vista general dado sobre la magnífica villa de Tarascón

Los de pura raza tarasconesa, a la pasión por la caza juntaban también otra; la pasión a las romanzas, lo que se llega a consumir en romanzas en ese reducido país es increíble. Todas cuantas antigüedades sentimentales se han escrito en ya amarillentos papeles o en viejas cartulinas, las encontraréis en Tarascón aún en su apogeo y pleno éxito. Todas, absolutamente todas, están allí. Cada familia tiene su predilecta, y en el pueblo

se sabe muy bien. Es decir, se sabe, por ejemplo que la favorita del boticario Bésuquet es:

Tú, blanca estrella que yo adoro;

que la del armero Costecalde es.

¿Quieres tú venir al país de las cabañas?

la del registrador de la propiedad.

Si yo fuera invisible nadie me vería.

(Canción cómica)

Y así sucesivamente todo Tarascón. Dos o tres veces por semana, reúnen los unos en casa los otros, y se las cantan. Lo especial es que siempre son las mismas, y que a pesar del mucho tiempo que se las cantan, esos celeberrimos tarasconeses no desean nunca cambiarlas. En las familias se las legan de padres a hijos y nadie las disputa: son sagradas. Nunca se las pide prestadas. Jamás le daría la idea a los Costecalde de cantar la de los Bésuquet, ni a los Bésuquet de cantar la de los Costecalde. Vosotros diréis: ¡bien deberán conocerse después de cuarenta años que hace que se las cantan! ¡Pues no señ! cada uno guarda la suya y todo el mundo tarasconés campante.

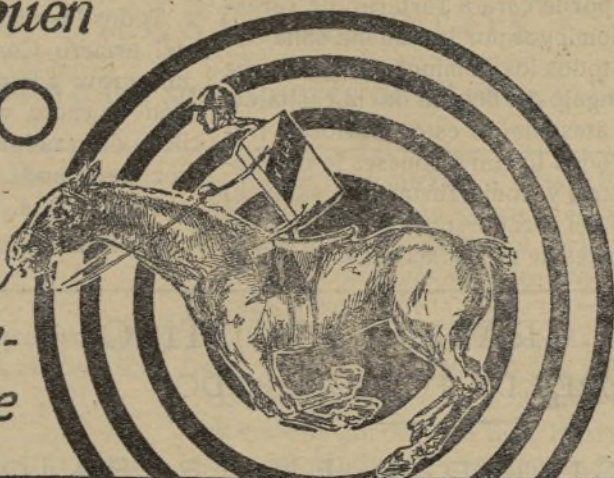
Tanto para las gorras, como también para las romanzas, el primero en la villa era siempre Tartarín. Esta superioridad sobre todos sus convecinados consistía en lo siguiente: Tartarín de

un buen supele

hace un buen

Caballo

Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead



Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticólico F. Mata



!! TODO NUEVO Y TODO DE OCASIÓN !!

SI QUIERE V. COMPRAR O VENDER Alhajas, Relojes, Máquinas de escribir, fotográficas, Pianos, Pianolas, Gramófonos, Bicicletas, Objetos de arte y fantasía y cualquier clase de artículos, VISITE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS Y ACUDA POR FIN A LA

CASA ORIA Y GALINDEZ

Calle del Clavel, 8

MADRID

Teléfono 19-31 M

SE CONVENCERA de las VENTAJAS QUE SU LARGA EXPERIENCIA en el NEGOCIO pueden PROPORCIONARLE

En Tarascón no tenía canción predilecta, las cantaba todas.

[Todas!

Unicamente que era cosa endiablada hacerse a cantar.

Conquistada tempranamente su fama en los salones, el héroe tarasconés prefería mejor abismarse en sus libros de caza o pasar la velada en el casino, que no hacer gorgoritos ante un piano de Nimes, entre dos bujías de Tarascón. Esas sesiones musicales parecíanle poco para él... Sin embargo, algunas veces, cuando se *hacía* música en la farmacia de Bésuquet, entraba como por casualidad, y después de hacerse harto de rogar, consentía en cantar el gran dúo de *Roberto el Diablo*, con la señora esposa de Bésuquet... Quien no ha oído aquello, no ha oído nada... En cuanto a mí puedo decir que si viviera cien años, vería siempre con gusto al gran Tartarín acercarse al piano con solemne paso, apoyarse, haciendo una mueca e iluminado por el verde reflejo de la pantalla, ensayando dar a su buen semblante la fiera y satánica expresión de *Roberto el Diablo*. Apenas se había colocado, ya todo el salón se estremecía; presentíase que iba a suceder algo gran-

(Continuará).

PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Pianos, Pianolas, Bicicletas y Máquinas de escribir.

CASA DE COMPRAS Y VENTAS LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 - TELÉFONO 197 - MADRID

«Guía del suboficial, sargento, cabo y soldado para obtener destinos» por D. Galo Paule, Suboficial de Caballería. Los pedidos al autor en Regulares Indígenas de Melilla, número 2.

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,
CEPILLERÍA, ESPONJAS

Y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA

PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIPO

PEDRO ANDION

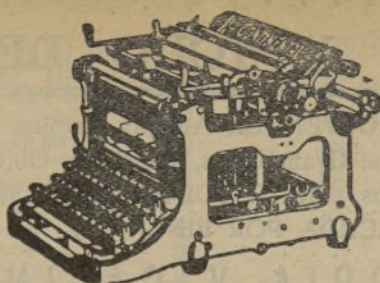
IMPERIAL, 8 Y 16, Y BOTONERAS, 8

TELÉFONO 14-87 M.

Alfombras para toldos y cortinas.—Lencería, cutíes y terlices para colchones.—Paquerio para envases de lanas y cereales.—Cordelería y tramillas.—Yutes para enfardaje.—Mantas, colchas y géneros blancos.—Gutaperchas.—Lanillas para banderas.

Ayuntamiento de Madrid

LA MAQUINA DE ES-
CRIBIR QUE REUNE
TODOS
LOS ADELANTOS
MODERNOS



PIDANLA A PRUEBA
A LOS CONCESIONA-
R O EXCLUSIVOS para
ESPAÑA, PORTUGAL
y MARRUECOS

ORBIS, (S. A.)

MADRID: Hortaleza, 17.—Teléfono 44-58 M.
BARCELONA: Balmes, 12.—Teléfono A 458
VALENCIA: Mar, 8.
BILBAO: Ledesma, 18.
PALMA DE MALLORCA: Quint, 7
SEVILLA: Rivero, 7.
TOLEDO: Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par máquina de escribir CONTINENTAL, se venden
máquinas de ocasión de todos los sistemas, en buenas condiciones.

CALCULADORAS

A L Q U I L E R

Taller de reparaciones de toda clase. -- Accesorios para todos los sistemas.

Especialidad en Muebles de Oficina -- -- -- PIDAN PRESUPUESTOS

Servicio de la Compañía Transatlántica

LINEA DE CUBA-MEJICO

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña para Habana y Veracruz. Salidas de Vera-
cruz y de Habana para Coruña, Gijón y Santander.

LINEA DE BUENOS AIRES

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos
Aires, emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y de Montevideo.

LINEA DE NEW-YORK, CUBA-MEJICO

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para New-York, Habana y Veracruz. Regreso de
Veracruz y de Habana, con escala en New-York.

LINEA DE VENEZUELA-COLOMBIA

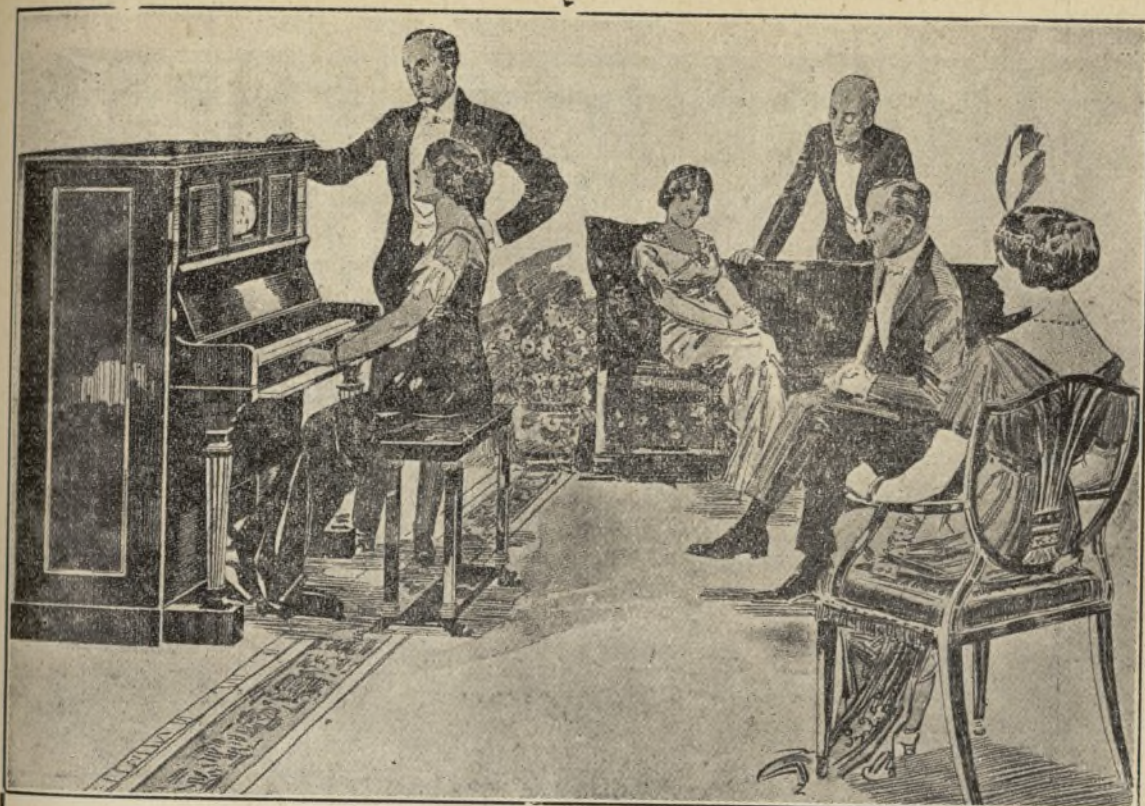
Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para las Palmas; Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz
de la Palma, Puerto Rico, y Habana. Salidas de Colón para Sananilla, Curaç, Puerto Cabello, La
Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

LINEA DE FERNANDO POO

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz para las Palmas, Santa Cruz de Teneri-
fe, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa. Regreso de Fernando Póo, ha-
ciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Además de los indicados servicios, la Compañía Transatlántica tiene establecidos los especiales de
los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos del Cantábrico a New-York, y la línea de Barcelona a
Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía
da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los va-
pores tienen telegrafía sin hilos. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del
mundo, servidos por líneas regulares. Las fechas de salida se anunciarán con la debida oportunidad.



El “Pianola-Piano”

es el único instrumento autopianístico que ha merecido los elogios de todos

LOS GRANDES MUSICOS CONTEMPORANEOS

EL “PIANOLA-PIANO”

es el adoptado por el Vaticano, SS. MM. los Reyes de España, de Inglaterra, de Italia,
de Bélgica, de Suecia..... y por las más prestigiosas
INSTITUCIONES MUSICALES DE TODOS LOS PAISES
y es, a la vez, el de mayor garantía y el más barato

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

THE ÆOLIAN COMPANY

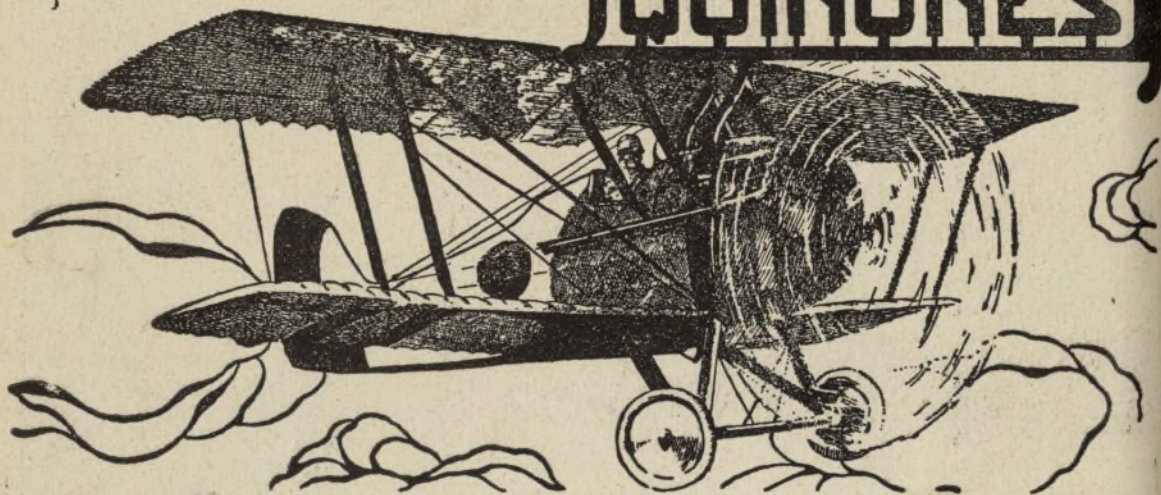
S. A. E.

AVENIDA CONDE PEÑALVER, 24

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

para Automóviles, Globos y Aeroplanos

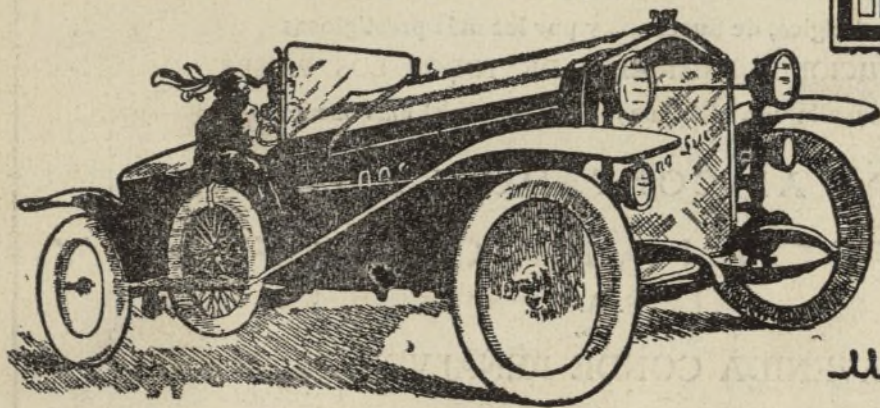
PROVEEDORES DE LA AERONÁUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices. Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero.—Aceites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342

ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Gálvez

Imp. de ARMAS Y LETRAS. Tutor, 6.—MADRID

Ayuntamiento de Madrid



EL SULTAN QUE DECLARO LA GUERRA A ESPAÑA

Setenta años antes de la célebre guerra de África que todo español se sabe de memoria, hubo en Marruecos un sultán que, sin ofensa alguna de nuestra parte, declaró la guerra a España y estuvo a punto de enredarnos en una campaña que a todas luces hubiera sido tan sangrienta como costosa. El cómo y el por qué de aquella sultanesca decisión, constituye una historia tan curiosa y novelesca como poco conocida.

A mediados del siglo XVIII sentábase bajo el augusto quitasol de los Jerifes uno de los más nobles monarcas marroquíes, Sidi Mohammed I, hijo de Abdayah, el que tuvo a nuestro barón de Riperdá por consejero, sultán de Fez y de Marruecos, del Sús, de Tafílete y del Tuat. Era aquel un gran sultán que apenas subió al trono probó que a la energía mahometana unía la prudencia y saber de los más doctos imanes.

Acostumbrado por su padre, bajo cuyo reinado había hecho muchas veces de verdugo, al más estricto cumplimiento de la justicia, fué tan justo con los musulmanes como con los cristianos. El se encargó de castigar y disolver la guardia de 100.000 negros que había formado su abuelo Ismael, guardia más temible a los mismos marroquíes que a sus enemigos. Gracias a Sidi Mohammed, los campos que durante un siglo habían sido pisoteados por los caballos del desierto, viéronse cubiertos de mieses. El país progresó, y el imperio entró en una era de engrandecimiento.

El único defecto que al gran emperador encontraban sus súbditos era su desmedida afición a las hijas de los cristianos, pues entre las ciento setenta mujeres que componían su harén, abun-

daban las beldades robadas en Italia, en España y aun en los remotos países del norte de Europa.

Al principio de su reinado, y antes de fundar la hermosa ciudad de Suera, que nosotros llamamos Mogador, quiso Mohammed tener un ingeniero que dirigiese ciertas reparaciones en las murallas de Fez. Sabedor de que los mejores ingenieros de aquella época procedían de Inglaterra, pidió al gobierno de esta nación una persona apta para el oficio, y habiéndosele enviado a un sargento de zapadores minadores, un inglesote guapo e inteligente apellidado Brown, le asignó un crecido sueldo y designó una de las mejores casas de Fez para que se alojase con su mujer; porque es de saber que el militar acababa de casarse con una linda irlandesa de blanca tez y cabellos de oro. El sargento Brown, agradeció la munificencia imperial, y terminados sus trabajos, siguió viviendo en Fez hasta el día en que, habiéndole llegado su última hora, murió sin hijos.

La joven viuda lloró al sargento, acompañándola en sus lamentaciones las muchas damas moras con quienes había hecho amistad. Pasado algún tiempo, comprendió que debía volver a su país, y al efecto solicitó una audiencia del sultán para pedirle medios con que regresar a Irlanda.

Sidi Mohammed encontró a la irlandesa más hermosa que todas sus mujeres; la abundancia de sus cabellos de oro se presentó a los ojos del monarca como una aureola de fuego que inflamó su corazón. Así fué que, sin contestar su petición, quiso saber ante todo si tenía familia en su país, si había allí padres que le abrieran los brazos a



su regreso. La viuda contestó que era huérfana y que al volver a Irlanda se encontraría sola.

—¿Por qué,—dijo entonces el sultán,—si es así, quíeres dejar este país donde hallaste amigos, y donde los corazones se abren a tus miradas? Adora al único Dios, de quien es profeta Mahoma, y entra en mi harén, donde gozarás de dicha sin límite.

—Dios me libre de renunciar a mi fe,—fué la contestación de la irlandesa.

Sidi Mohammed ofreció, rogó, suplicó. En su corazón ardía ya el verdadero amor, y según el poeta árabe, el hombre que ama ni se pertenece a sí mismo. Así no es de extrañar que ante la obstinación de la viuda en permanecer fiel a la religión de sus padres, acabase el sultán por declararse vencido y decirle:

—Conserva tu fe, que honras con tu entereza, bellísima infiel, y sé mi legítima esposa; tu sola, si Alá es servido, serás la soberana de mi harén.

La irlandesa cesó de resistir, y poco después contraía matrimonio con el sultán según los ritos ordinarios del mahometanismo, siendo inmediatamente elevada a la dignidad de sultana favorita. El pueblo recordaba que en tiempo del emperador Ismael había habido ya una sultana inglesa, y no extrañó la elección.

Al año siguiente, hubo en Marruecos grandes regocijos. La sultana de los cabellos de oro acababa de tener un hijo al que se puso por nombre Muley Yezid. Era el primer hijo de Sidi Mohammed y había heredado de su madre el color de los cabellos, que hizo le dieran el apodo de El Zaar (rojo). A medida que fué creciendo, el muchacho demostró un carácter a la vez liberal y cruel, caritativo y caprichoso. Había heredado el carácter de su padre, en cuanto a lo indómito y fogoso; pero Sidi Mohammed no tardó en descubrir en él un defecto que le llenó de tristeza. Muley Yezid manifestaba verdadera pasión por todo lo inglés, cosa muy natural dada la nacionalidad de su madre, y precisamente el orgullo británico era insoportable para el sultán, el cual, entre todos los cristianos no podía sufrir más que a los españoles. La benevolencia que con él había demostrado Carlos III al firmarse la paz después del sitio de Melilla en 1774, infundió en él verdadero amor hacia España, hasta el punto de nombrar primer ministro del imperio a un renegado español, y de abrir a los españoles el puerto de Tánger cuando el sitio de Gibraltar.

Españoles e ingleses andaban entonces desavenidos, y las respectivas inclinaciones del sultán y el príncipe hacia una y otra nación, llegó a convertirse en profundo disgusto entre ambos. El citado hecho de ofrecer el sultán a los españoles el auxilio del puerto de Tánger, determinó a Muley Yezid a manifestar de un modo más claro sus simpatías por Inglaterra. El príncipe fué acusado de conspirar con los ingleses, y tuvo que emprender la fuga. Perseguido por las tropas imperiales, se dirigía a Tetuán donde residía el representante

del gobierno inglés, y hubo de detenerse para descansar en una pequeña aldea de Atlas. Los habitantes de la misma, temiendo las iras del sultán le rogaron que saliese de allí. El príncipe saltó sobre su caballo y le clavó las espuelas en el vientre, pero el noble corcel no se movió. Ni las caricias ni los golpes pudieron hacerle dar un paso. «¡Ved, incrédulos!—exclamó el príncipe dirigiéndose a los aldeanos:—¿Teméis las amenazas de un hombre y no escucháis las advertencias de Dios? ¿Sois más torpes que un animal, que comprende que mi misión está aquí?»

Los fanáticos habitantes de la aldea creyeron en la intervención divina y le prometieron fidelidad. Precisamente, por aquellos días la guardia negra del sultán, recordando los castigos impuestos por éste, se sublevó declarándose por el príncipe. Lleno de santa indignación Sidi Mohammed quiso marchar contra los revoltosos poniéndose en persona a la cabeza de sus tropas. Sofocó, en efecto, la rebelión de la guardia negra, y cuando se dirigía contra su hijo, cayó enfermo, muriendo tres días después.

Ya era sultán Muley Yezid. Lleno de odio hacia España, su primer acto como emperador fué hacer decapitar al renegado español, primer ministro de su padre. Un par de días antes de su muerte, el desdichado visir tuvo que sufrir atroz tormento: se le cortaron las manos, y el nuevo sultán hizo clavar el sangriento trofeo en las puertas del consulado de España en Tetuán, ordenando a la vez al cónsul que en el término de cuatro meses abandonase sus Estados.

Yezid estableció su corte en Larache, donde edificó un magnífico palacio, y allí dió al mismo tiempo muestras de la más exagerada prodigalidad y de la crueldad más refinada. Los judíos, especialmente, tuvieron que sufrir las consecuencias del sistema de gobierno del nuevo sultán, quien decía que su imperio no estaría en orden sino cuando corrieran corrientes de sangre desde su palacio hasta las puertas de la ciudad. A las tropas que pedían su sueldo atrasado, les mandó que se cobrasen saqueando durante un día y una noche el barrio hebreo de Fez.

Pero el objeto principal de los odios de Muley Yezid era España. No contento con haber expulsado a nuestro cónsul, nos declaró la guerra; pero un acontecimiento inesperado impidió que tuviésemos entonces en Marruecos una campaña sangrienta. Dos hermanos del sultán, Hixem y Abderrahmán, se alzaron en armas contra él, haciéndose dueños de Fez y Marrakesh. Muley Yezid atacó diferentes veces a los revoltosos; pero en las primeras batallas llevó la mejor parte. Valiente e impetuoso, poníase siempre a la cabeza de su caballería, metiéndose con ella donde más ruda y encarnizada era la pelea. Pero su atrevimiento le costó caro: en una batalla fué gravemente herido, y a los pocos días murió, después de dos años de un reinado de constante guerra civil.



CUENTO ROMANO

La noticia de aquel motín sorprendió a los cónsules en el más inocente de los ocios. Acababan de bañarse en las termas, se envolvían en sus amplias togas como podrían hacerlo en las sábanas que un momento antes habían secado sus húmedos cuerpos, y repantigados en las sillas curules entreteníanse en mirarse las yemas de los dedos, arrugadas por la larga prolongación del baño.

El prefecto de la ciudad entró en la estancia sin previo aviso, y entró tan locamente, que pisándose la fimbria de la toga dió en tierra con toda su respetable humanidad.

—¿Tropezando vienes? dijo uno de los cónsules. Si fuéramos supersticiosos creeríamos que un grave mal amenazaba a la República.

—¿Quién sabe! respondió el prefecto levantándose y sacudiendo sus vestiduras; quizá no te engañes, Bruto.

—No, Bruto es este, se apresuró a decia el aludido señalando a su compañero de magistratura. Pero sepamos: ¿qué es lo que ocurre?

—Lo de siempre, cónsules, lo de siempre. Tiberio Graco que alborota las turbas, Tiberio Graco que promete imposibles para que otro los cumpla, Tiberio Graco que tiene sorbido el seso a los plebeyos, a los clientes, a los peregrinos de Oriente y de Grecia, a los libertos malditos, que tan poco agradecen la manumisión. El nombre de ese faccioso es sinónimo de revuelta y algarada; cuando hay jaleo en las calles de Roma, el patriciado se esconde y no dice «Se ha armado un motín», sino «Se ha armado un Tiberio».

—Es verdad; pero no hagas discursos como si estuviéramos en el Senado.

—Pues bien, cónsules: el hecho es que la plebe empezó a alborotar en el Foro apenas amaneció el día. Los prudentes soldados de mi cohorte urbana despejaron, no sin trabajo, los pórticos y columnatas, arrojando a los sediciosos más allá de la puerta Capena; pero en la Vía Apia se ha reproducido el motín, y mi cohorte urbana ha tenido que replegarse; abollados los cascos por las

piedras y sintiendo en los escudos el repiqueteo vergonzoso de mil guijarros.

—Pero esa gente, ¿qué pide? ¿qué quiere? ¿con qué amenaza?

—¿Con qué? Con retirarse al Aventino.

—¿A ver cómo no se retira a los mismísimos Alpes!

—Y es forzoso tomar una determinación. El motín crece, la plebe se envalentonará si la dejamos; los cipos, tumbas y sarcófagos de la Vía Apia son otras tantas barricadas para los revoltosos; el monumento a los Horacios y Curiacios es un reducto inexpugnable.....

Temblaron los cónsules, reflexionaron un momento, y uno de ellos exclamó tras breve pausa:

—Pues, sin embargo, es preciso ceder ¿Cómo ir contra el pueblo en vispera de comicios curidos? Yo aspiro a la reelección, tú también, el prefecto lo mismo; ¿no es verdad, prefecto? Así, pues, hay que halagar al pueblo y no alejarlo de las urnas.

—¡Oh vergüenza de las vergüenzas! ¡Cómo se reirá Tiberio Graco!

—¿Qué nos importa? Gobernar es transigir, ya lo sabes. Y ahora ¿qué es lo que quiere el pueblo?

—¡Pan y circo! Esa es su manía, su grito de siempre.

—Pues es forzoso que esta misma tarde tenga pan recién amasado y función extraordinaria de fieras.

—Ya lo sabes, añadió el otro cónsul levantándose y señalando a la puerta con el dedo: ésta es la voluntad de los cónsules, y hay que cumplirla. De no ser así, mañana mismo irá a parar tu cuerpo a la ergástula más honda de la ciudad, como no prefieras que tu cadáver flote en el Tíber para apaciguar las iras del pueblo-rey.

II

Mohíno, confuso y atolondrado salió el prefecto del palacio de los cónsules; conforme se iba acercando a la prefectura, se hacían mayores el

pesimismo de su alma y las negruras de su cerebro, tan necesitado entonces de claridad.

El espectáculo que ofrecía el atrio de la prefectura acabó de consternarle. Soldados contusos, temerosos y acobardados, yacían por todos los rincones; a cada momento llegaban otros con el báteo hecho girones, desprendida del hombro la fibula y arrastrando el *pilum* o lanza como un palo de escoba.

Cada cual se lamentaba por su lado.

—Se burlan de nosotros, decía uno acariciando el puño de su *gladium*, porque son más y están parapetados.

—¿Sabéis cómo nos llaman? dijo otro.

—¿Cómo? preguntó el prefecto.

—Pues «guindillas».

—¡Guindillas! ¿Y a qué viene eso?

—Aluden sin duda a la cimera roja que adornan nuestros cascos.

El prefecto ordenó a sus soldados que volvieran al puesto de honor para evitar siquiera que la plebe amotinada entrase en Roma; llamó enseguida a los apparitores, lictores, viatores y demás auxiliares de su autoridad, y les dió orden de ir a buscar y traer en el acto al edil encargado de los graneros públicos y a un español de la Bética, que era quien se encargaba tiempo hacía de la organización de las funciones de circo.

Hecho esto, se encerró en la cámara más honda de la prefectura y encomendóse allí a todos los dioses del Olimpo, pidiendo inspiración y ayuda a los geniecillos lares, manes y penates, que con burlona sonrisa le contemplaban desde las repisas y hornacinas de la pared.

A poco entró el edil sin previo aviso.

—¿Qué es esto? ¿qué significan estas pausas?

—Que el pueblo pide pan, y hay que dárselo; conque... ¡ya lo sabes!

—¡Por Ceres! En buena ocasión me pides trigo. ¡Bien andamos de trigos y trigueros! Las naves que aguardábamos estos días con granos de Sicilia, de Africa y de España, han naufragado a la entrada del puerto de Ostia o se han perdido en este maldito mar, que tiene más escollos que gotas de agua.

—¡Oh imprevisión maldita! ¿No pueden preverse las tempestades? ¿para qué sirve el augur? ¿para qué el verdadero cesaraugustano?

—A todo tirar, dijo el edil condolido por la aflicción del prefecto, rebañando mucho en los graneros podremos hacer pan para la mitad de esa gente.

Un rayo de inspiración cruzó la mente del prefecto apurado.

—¿Para la mitad dices? ¡Me has salvado, edil! ¡Gracias! ¡gracias! Corre a amasarlo y a traerme lo a todo escape.

Y enajenado de alegría, recorrió la estancia. ¡Eureka! ¡Eureka! mientras el edil salía de allí poniéndose el dedo en la sien y murmurando:

—El prefecto está loco; ¡ya habla en griego!

Cuando el empresario del circo entró a su vez el magistrado le estrechó contra su pecho.

—Mira, le dijo: necesito como el comer, una función de fieras para esta tarde.

—Pero ¡por el tigre de Baco! ¿Crées que eso se arregla así como así! Hoy no hay en Roma más que gladiadores de invierno; las fieras que tengo son desecho de tienda; el circo está abandonado sucio, sin preparar.

—¡Mejor! ¡mucho mejor! gritó el prefecto abrazando otro vez al empresario. Haya función, sea como quiera, que yo no he de exigirte responsabilidades.

—En tal caso, cuenta con la función, y sea lo que Júpiter quiera.

Prefecto y empresario salieron juntos; éste improvisar de cualquier modo la función, aquél ponerse delante de las turbas, cuyas mofas y escarnios a todo lo existente habían llegado al saorilegio. Nada menos que en la puerta del Capitolio habían colocado este cartel: «Se prohíbe hacer dioses mayores y menores en este sitio».

Llegó el magistrado al lugar de los sucesos, se aplicó que le dejaran hablar, y dijo en breve arenga:

—¡Romanos! ¿es éste el ejemplo que habéis recibido de vuestros mayores? Si la ley os da todos los derechos, ¿a qué apeláis a la revuelta y a la motín? Ahora me percató de vuestros deseos, me apresuro a cumplirlos ¿queréis más?

—No, no; ¡viva el prefecto!



Y los guardias decían por lo bajo:

—Aplaudid, Brutos... o como os llaméis.

—Solamente, añadió el prefecto, para el mayor orden y perfecta comodidad vuestra me voy a permitir haceros una indicación.

—¿Cuál? gritó uno de los más ilustrados alborotadores.

—La siguiente: Todos los que vayáis al circo recibiréis en la misma puerta el pan que por clasificación os corresponda; los que por falta de afición o de fuerzas agotadas en estas horas de escándalo, digo, de entusiasmo, popular... no vayan a las fieras, éstos que acudan a la prefectura media hora después, y allí recibirán sus hogazas correspondientes.

—¡Viva el prefecto! ¡vitor! ¡vitor! gritó la plebe.

Y fraternizando enseguida con los soldados de la cohorte urbana, se abrazaban y confundían ébrios de gozo, repitiendo para hacer las paces:

—¡Todos somos hunnos! ¡todos somos hunnos!

III

Cumplióse el programa puntual y formalísimamente.

Una hora después de ocurridas las escenas del anterior relato, la plebe romana se agolpaba en las múltiples puertas del Circo Flavio. En la entrada tomaban el pan, y colocándolo bajo el brazo entraban en torrente por los vomitorios y ocupaban la gradería sin respeto a lugares de etiqueta ni a filas preferentes. La función era eminentemente popular: toda, sola y entera, para el pueblo; éste, por consiguiente, ocupaba el lugar reservado para los patricios, para los caballeros, para las vestales... A cambio de ello, toleraba que no se hubiera corrido el *velarium* para preservarle de los rayos del sol, y no protestaba tampoco de que la arena apareciese limpia, sin la mezcla acostumbrada de polvo de minio, cuyo color disimulaba la sangre de los gladiadores.

¿Qué tal es el pan del prefecto? preguntaban de un lado del circo.

Y respondían de enfrente:

—Ya veremos a la hora de la merienda, en el descanso, entre el tercero y cuarto tigre.

El prefecto en persona ocupó la tribuna de honor entre aplausos y vítores; la banda del Hospicio romano preludeó una marcha, y salieron en pintoresco grupo los gladiadores con sus armas ofensivas y defensivas, los *mirmillones* de cascos fantásticos, los tracios con sus dagas agudísimas, los sammitas armados de pies a cabeza, los retarios con el tridente y la red de paseo terciada en los riñones.

El primer tigre fué un fracaso. Sus costillas se

podían contar mas fácilmente que las rayas de su piel; flaqueaba de los cuartos traseros y se asustaba al mirar a los gladiadores. ¡Para todo había!

—¡Los paterfamilias! ¡los paterfamilias! comenzó a gritar la plebe encrespada y furiosa.

A una señal del prefecto, salieron dos tigres ancianos con sendas liras colgadas al cuello; se llevaron al tigre joven, calmóse un tanto la soberana masa, y otro tigre pisó la arena, emplazándose en mitad del circo.

—¡Al tigre! ¡al tigre! daban dando alaridos los plebeyos, mientras los gladiadores, que en su vida se los habían visto más gordos, se arrimaban a los muros, recogían la red sin echar una mala larga, y tomaban la sabina, porque esto es más romano que tomar el olivo.

Como llovía sobre mojado, un rugido inmenso y ensordecedor acogió tan inexplicable cobardía. Los gritos de «¡No lo entiendes!» dirigidos al prefecto atronaban el aire; los gladiadores se encogían de hombros; el tigre abrió la boca y se sentó en medio del circo... ¡Horror de los horrores! El pueblo no pudo más, y empezó a arrojar panes y más panes a la arena; rebotaban en los cascos de los combatientes, se partían en los postes de piedra, rodaban largo rato por el suelo...

Y una cohorte de «esclavos sabios», provistos de grandes banastas, recogía hogazas a toda prisa y las sacaba del circo sin perder segundo, introduciéndolas furtivamente en la prefectura por la pequeña puerta de servicio.

Ya era tiempo. Ante el peristilo de la fachada principal aguardaba en larguísima cola el pueblo hambriento y cansado, que no pudiendo o no queriendo entrar en el circo, iba en busca de las ofrecidas hogazas; y en efecto, las recibía poco a poco algo golpeadas y sucias, como si largo rato hubieran rodado por la arena.

IV

El prefecto, alegre el rostro y orgulloso el ánimo, aunque algo desarreglado de vestiduras, se presentó al anochecer en el palacio de los cónsules, donde éstos, que acababan de bañarse otra vez; se miraban las yemas de los dedos, arrugadas por la prolongada inmersión.

—Vuestros deseos están cumplidos.

—¿De verdad? dijo uno de los cónsules, ¡Los dioses te protejan! ¡Eres todo un hombre!

—¿De modo que todo se ha salvado? añadió el otro cónsul.

—Sí, dijo el prefecto palpándose un chichón que tenía en la frente; todo se ha salvado... menos el principio de autoridad.

Luis ROYO VILLANOVA.



CUENTOS
ESPAÑOLES

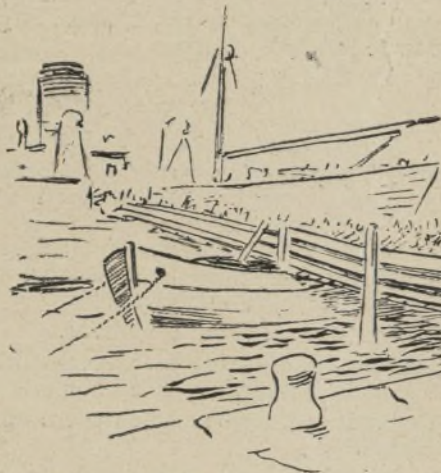
Cabezota

Así no se le conocía más que por este apodo en el escuadrón, y al mozo le parecía la cosa más natural del mundo. Era más bien alto y delgado, con una cabeza enorme, colosal. Hombre de pocas palabras. Sebastián Expósito, que así se llamaba, era un buen soldado, sólo que alguna vez se quedaba como ensimismado, y si en tales momentos recibía de un superior una orden que no era rápidamente cumplimentada, y el superior era el sargento Jiménez, el pobre *Cabezota* recibía una guantada que le sacaba al punto de su abstracción.

—¿En qué estará pensando este mostrenco? decía Jiménez después de la contundente advertencia. ¡Como si esa cabeza pudiera pensar en algo!

Lo cierto es que si el pobre muchacho no tenía nada que agradecer a la Naturaleza, tampoco debía estar muy satisfecho en general de sus semejantes.

Desde la Inclusa pasó al Hospicio y desde éste al cuartel, manteniendo siempre erguida portodas partes aquella *gran cabeza*, sobre la que habían caído, desde la burla del compañero de asilo, hasta la bofetada del sargento Jiménez.



España había declarado la guerra a Marruecos. Nuestro "siempre" valeroso ejército se apercibía gozoso para lavar con sangre el ultraje hecho a la bandera.

En los puertos andaluces, donde se hacía el embarque de tropas, el entusiasmo rayaba en el delirio.

Era en el muelle de Cádiz. La muchedumbre se apiñaba, palpitante de emociones varias. Se presenciaban escenas desgarradoras, sí, pero en ese momento no más, ese momento en que la madre pronuncia el «¡adiós, hijo mío!». Después el sollozo estalla, las lágrimas corren abundantes, y el iris deslumbrador aparece con los colores rojos, gualdo, prometiendo próximas bienandanzas. El hijo parte alegre entonando regocijadas canciones, y la madre queda tranquila como una española, diciéndose: «Para eso le crié: para que fuera un buen hijo y buen ciudadano».

Todos los soldados de la expedición que embarcaban aquel día se llevaban algún recuerdo desde la imagen de la Virgen hasta el beso de amor. Pero digo mal: todos no. Allí estaba Sebastián, que también partía contemplando con su habitual inexpressión la común alegría. El casco cubría la cabeza como un capitel.

A pocos pasos de *Cabezota*, el sargento Jiménez bromeaba con una garrida moza que entraba y risa se llevaba frecuentemente el pañuelo de los ojos.

—¡Qué solo está aquél pobrecito mirando a Sebastián, que apoyado en un guardacentón miraba al suelo, presa sin duda de sus conocidas abstracciones.

Jiménez no contestó. Miró al soldado, y se encogió de hombros. Pero la muchacha no podía apartar de él sus ojos. La impresionaba ver que



a aquel hombre no se le acercaba un alma, que nadie iba a decirle adios.

—¡Pobre chico! volvió a decir.

—Es un papanatas que siempre está pensando en la mona de Pascua, contestó el sargento.

—¡Infeliz! Nadie viene a despedirle. ¡Bendito Dios!

Es un expósito: ¿quién ha de venir?

La muchacha se fijó bien entonces en él, y dijo sin poder contener las lágrimas:

—¡Pobrecillo! ¡Y pensar que también ha tenido madre.

—Ya ves. cosas del mundo, añadió Jiménez, y los dos miraron con cierto interés a Sebastián, que en aquel momento casualmente los miraba a ellos, pero que inmediatamente desvió la mirada con cierta timidez.

La señal de embarque sonó, y las tropas se prepararon a ello con orden completísimo.

El sargento Jiménez apretó por última vez la mano de su novia; ésta vió a Cabezota, y en un arranque natural y propio de la mujer del pueblo, tiró del pañuelo de seda que llevaba al cuello, y se lo entregó al soldado, que dando las gracias se lo guardó cuidadosamente en el bolsillo, mientras el sargento le decía:

—¡Vamos que no te quejarás de las buenas hembras!

El buque partió, aclamado por nutridos vivas al Ejército y a España, a lo que los soldados contestaban con enérgico entusiasmo. Sobre cubierta veíanse las cabezas, todas con rostro alegre. Las manos y los sombreros se agitaban al aire hasta que el último vapor se alejó de las costas de la madre patria.

.

La guerra estaba en todo su apogeo. Las huestes de los españoles se señalaban por laureles sobre los campos de batalla contra las tenaces y fieras huestes. Pero la ferocidad de raza, alimentada y sostenida por una religión semibárbara, no podía detener el incontestable empuje del he-

roísmo consciente de otra raza más enérgica y noble, de más altos ideales y envuelta en la aureola de gloria secular.

España, con el oído atento y el corazón tranquilo, escuchaba el estruendo de las victorias, y un llanto de honor caía sobre los héroes muertos. La bandera española, flotando sobre el elevado mástil, despertaba en los mares de ambos continentes los recuerdos de Orán y de la Goleta, a los que se asociaban las sombras gigantescas del Gran Cardenal y de Carlos I.

Era al caer la tarde. Una sección de caballería iba a la descubierta explorando las avanzadas del cam-

pamento moro, cuya situación, al abrigo de un espeso bosque, convenía conocer.

De repente vióse salir de entre la arboleda un compacto pelotón que hizo a los nuestros una descarga, intentando lanzarse contra ellos dando gritos salvajes.

El teniente ordenó cargar a los marroquíes, que se dividieron en dos grupos: uno de ellos se internó en el bosque, y el otro continuó perseguido por nuestros coraceros. De éstos cayó repentinamente

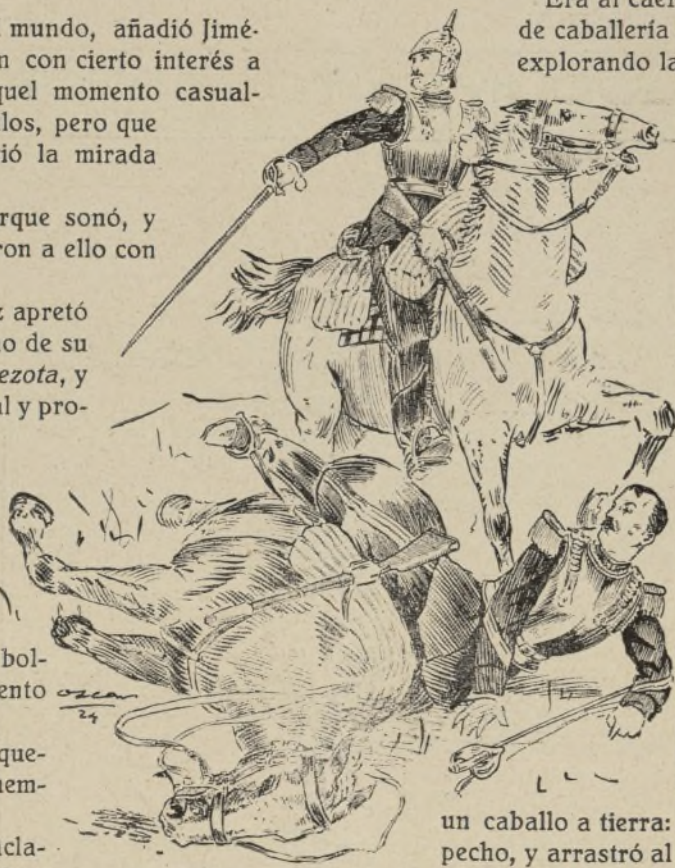
un caballo a tierra: estaba herido en el pecho, y arrastró al jinete, que quedó así separado de sus compañeros.

A los pocos instantes una veintena de bárbaros se lanzó sobre el caído, al que uno de aquéllos iba a asestar una terrible cuchillada con su gümia; pero un tajo le partió la mano.

Un soldado acababa de llegar al galope, lanzando el caballo sobre el pelotón y repartiendo certeros mandobles con terrible rapidez. Los moros se desplegaron en guerrilla haciendo fuego al soldado, y huyeron en seguida a la aproximación de nuevas fuerzas.

—Gracias, Cabezota. Si no es por tí, me esca-bechan.

—Deme usted la mano, mi sargento. Creo que estoy herido.



—¡Herido! ¡Ah perros!

Cabezota había salvado la vida al sargento Jiménez. Este ayudó a apearse a su salvador, que al esfuerzo lanzó una bocanada de sangre.

—Sebastián, ¿qué es eso?

—Que me voy, sargento; no hay más.

El sargento Jiménez sintió una sacudida en el corazón, como si aquella sangre saliera del suyo.

—¡Sebastián! ¡Sebastián! decía cogiendo cariñosamente aquella cabeza de que tanto se había burlado.

Vió la mansedumbre pintada en aquel rostro

que tantas veces había injustamente ofendido, y gritó con voz que se le ahogaba en la garganta.

—Sebastián, ¿me perdonas?

—¡Qué cosas tiene usted! contestó el infeliz Cabezota con voz casi ininteligible y sonriendo.

—¡Perdóname, perdóname! seguía diciéndole Jiménez. Dame un recuerdo tuyo como prueba de tu perdón.

Cabezota levantó los brazos con un esfuerzo supremo, atrajo entre sus manos la cabeza del sargento, la besó en la frente, y expiró.

M. FERRER Y LALANA.

UN DOCUMENTO HISTORICO

Hace diez años, el 1.º de Agosto de 1914, el Emperador Guillermo, el Kaiser, firmaba el presente documento.

Este documento avalorado además por la firma del Canciller Bethmann Hollweg, daba en cuatro líneas la orden de movilización de los Ejércitos alemanes de mar y tierra, lo que trajo como es sabido la precipitación de los preparativos de guerra en todas las Naciones y por consecuencia el comienzo de la campaña que conmovió a Europa.

Tres copias fueron hechas del mismo: para el Canciller, Ministro de la Guerra y Ministro de Marina; los cuales la cumplimentaron con la rapidez que la organización militar alemana requería.

Su traducción literal es la siguiente:

«Yo ordeno que el Ejército Alemán y la Marina Imperial se ponga en pie de guerra de acuerdo con el esquema de movilización.

El día 2 de Agosto de 1914 debe ser considerado como el primer día de movilización.

Berlín 1.º Agosto 1914. Guillermo I. R. (1)

(1) Imperato Rex

Ich befehle hiermit: Das Deutsche Heer und die Kaiserliche Marine sind auf Befehl des Kaisers zum Kriegszustand zu versetzen. Das Deutsche Heer und die Kaiserliche Marine sind auf Befehl des Kaisers zum Kriegszustand zu versetzen.

Am 2. August 1914 wird all. Befehl. Mobilisierungsbefehl erteilt. Berlin, den 1. August 1914

Guillermo I. R.

Bethmann Hollweg

Albrecht von Bethmann-Hollweg (Reichskanzler) und der Kriegsminister

Esta orden fue firmada a las cinco de la tarde, no sin que por parte del Kaiser pusiera grandes reparos, cuya resistencia vencieron sus Consejeros.

Tres veces tomó la pluma con decisión y tres veces la dejó sin atreverse a sentar firma de tanta transcendencia hasta que las observaciones del Canciller le decidieron a ello y al fin fué estampada en el papel.

Pasó la guerra no es este el momento ni el lugar de determinar si ese documento fué la determinante de la lucha cruel que de tal manera ensangrentó Europa. Lo cierto es

que en el espacio de cuatro años mediados entre su firma y la del armisticio el mundo presenciaba una lucha como jamás pudo presentarse en la Historia de la Humanidad y que el comienzo de ella se halla señalado por la aparición de los cuatro trágicos renglones que reproduce este grabado.

¿Fué acaso una profética visión del actual mapa de Europa la que quiso en vano detener la pluma que decretó finalmente el hecho histórico?

POR TIERRAS DE LEYENDA

LA INFANTERÍA ESPAÑOLA



El marqués de Spinola recibiendo las llaves de Juliers, de manos del gobernador de aquella plaza holandesa, en 1622.



STOS infantes de hoy, son hermanos de aquellos otros que en días alumbrados por un sol sin

con las mozas y heroicos hasta en su caída en Rocroy. Fueron el pregón de la España audaz y conquistadora porque llevaron siempre en el corazón un afán de lucha y en los labios la flor de una palabra madrigal.

tonces por el recio tronar de arcabuces y el vigoroso empuje de las picas. Son herederos de los que fueron vencedores en Gante y en Amberes, en Rimberg y Maestrich, allí donde llegaron con el prestigio de la gloria militar y las gracias de su cortesania, siendo a un tiempo guerreros y galanes.

España, vieja y florida, pródiga de su vida como un hidalgo que derrocha su caudal, paseó por el mundo a sus infantes, como sus galeones por todos los mares del planeta, comprando la victoria con el precio de su sangre. Los soldados de los Tercios fueron hombres que vivieron para la guerra, la aventura y el amor, famosos por sus empresas, generosos con el vencido, y corteses

Eran lujosos y liberales, como quien sabe que tiene más valor la gloria que los doblones. Vestidos de seda y grana, con el majo chambergo lleno de plumas y al cinto la tizona, fueron orgullo de España y de su rey, tormento de las mozas y envidia de galanes. Hubo un tercio que ganó el sobrenombre de los señores merced al gentil atavío de sus soldados. Así pudo Farnesio hacer alarde de riquezas en Meaux, siendo como eran sus infantes la flor y nata de los soldados españoles.

La historia de los Tercios más parece leyenda ideada por un poeta que narración de hechos reales. Hazañas son las suyas que grabaron el nombre de España con letras de oro y sangre. Los infantes de hoy son hermanos de los de ayer. Poreso España fía en ellos y les rinde homenaje. Porque

vienen de aquellos que sólo con la muerte pudieron ver como se ponía en Flandes el sol.

Flandes es tierra de recuerdos para España, porque los nombres de sus pueblos son de altísima significación en nuestra historia militar y porque en sus campos corrió a raudales la sangre española. Amberes, Lovaina, Gante, tienen páginas inmortales en nuestra leyenda. ¡Amberes! La ciudad del Escalda fué testigo de la empresa más memorable de todo el siglo xvi.

Hasta nosotros ha llegado la gallarda frase con que Farnesio empeñó su palabra ante los muros de la heroica ciudad: «O Amberes acaba con mi vida o yo acabo con Amberes.»

Farnesio fué quien acabó con la plaza tras de una épica lucha al frente de los Tercios, después de un asedio de pocos meses y a la vista de la escuadra holandesa, lanzando con asombro de Europa el atrevido puente con que cerró el paso a la corriente del Escalda.

La hazaña de Farnesio en Amberes tuvo muchos ejemplos en Flandes, y los laureles de la ciudad del Escalda se hermanaron con otros conseguidos tras de sangrienta lucha. Por eso decir Flandes es evocar las múltiples proezas del Duque de Alba y de Mondragón. Por eso decir Flandes es dar vida a los héroes que enaltecieron a la raza mientras España se desangraba y se disponía a vivir a la sombra de sus castillos y blasones como un hidalgo venido a menos.

Fué antaño también Flandes tierra de audacia y de leyenda y en ella buscaron ancho campo don-

de lucir su ingenio y su valor soldados, aventureros y galanes cuyos hechos tiene vida inmortal en dramas y romances caballerescos.

D. Luis Mejía buscó en tierra flamenca lances de guerra y amor y entró a saco en Gante, formando parte de una cuadrilla de bandoleros, el palacio episcopal. De Flandes volvió, cruzando el pecho con la banda azul de capitán, Diego Martínez, el burlador de Inés de Vargas, aquel a quien el Cristo de la Vega, en Toledo, acusó de perjurios, desclavando una mano para ser testigo de un juramento no cumplido. Bajo el sol de Flandes pasearon muchas veces su capa remendada y gloriosa los viejos segundones.

Flandes, Flandes... En sus fortalezas y en sus murallas ondeó nuestra bandera y por sus campos llevaron nuestros capitanes la flor de sus ejércitos. En su suelo floreció muchas primaveras la rosa de hidalguía militar española, que perdura en los infantes de hoy. A la sombra de los muros de Amberes imaginó el poeta al valeroso capitán que sella la nobleza de su corazón entregando a los soldados del Archiduque la espada rota por su propio esfuerzo.

¿Quién no ha leído alguna vez los galanos versos?

Nunca traiciones
hizo esta espada; pero está partida;
con ella rota, rota va mi vida.
Disponga el cielo de mi suerte ahora...
¡España y yo somos así, señora!

JOSÉ MONTERO

TIJERETAZOS

El arte de la guerra no consiste solamente en vencer, sino en «vencer con el menor sacrificio posible». Recordemos la triste exclamación de Pirro en el campo de batalla de Heroclea: «¡Otra victoria como ésta, y soy perdido!»

A mediados del siglo xvi había en España nada menos que 160 especies y subespecies de piezas de artillería que variaban por su forma y calibres.

Además recibían en el tecnicismo artillero de aquella época, nombres los cañones, a cual más variados, curiosos y fantásticos, como los de *Aspidos*, *Dragones*, *Serpentines*, *Pelicanos*, *Falco-*

netes, *Gerifaltes*, *Despertadores*, *Silbantes*, *Rijodores*, *Rebufos*, *Quebranta-muros*, *Despachacaminos*, *Pedrero-refusado*, *Tentador*, etc., etc.

Los presupuestos últimamente confeccionados por las Cámaras francesas dan como plazo de duración máxima a los buques modernos de guerra, el de veinte años.

A César se le atribuye que dió 50 batallas, a Federico, 16, y Napoleón, 60.

El uso del bastón por las diversas jerarquías militares data en España del 1706.

XAUEN, LA CIUDAD SAGRADA

Pocas impresiones tan fuertes se reciben en Marruecos como la que se experimenta al visitar la ciudad de Xauen. En ella nos encontramos como en presencia de un extraño misterio revelado. Está ungida con atributos de santidad de la religión mora y hunde las raíces de su fundación en brumosas leyendas. Casi enterrada entre las montañas escarpadas que la rodean, Xauen es una ciudad escasamente bañada por los rayos del sol. No es en ella, como en otros tantos lugares marroquíes, hogera encendida en donde el sol parece cantar la más soberbia epifanía. Por esto sin duda, los marroquíes que en esta ciudad moran, tienen difundido en su morena tez cierta palidez que desentona con ese sello bronceado que es peculiar de la raza árabe.

Xauen cautiva por su aspecto pintoresco, de un ornato de categoría andaluza. Aquí se ven huertas con olivos, naranjos y granados que embalsaman el aire; calles estrechas, pinas y enculebradas; y un minarete que sobresale de la línea de altura general de la ciudad y se recorta con gracia femenina. En torno, las murallas, rompen la suave emoción

interior y ellas acusan el espíritu inquieto y turbulento que palpita en torno. Tiene ese carácter de las antiguas plazas, que replegadas en sí mismas, se protegían de los ata-

ques por medio de las pétreas murallas. El corazón funciona reposadamente bajo la coraza de acero. Así Xauen, perfumada enve-lada y misteriosa, ofrece delicado aspecto interior que contrasta con el ceño duro del cinturón de piedra que la rodea.

Posiblemente en ningún otro sitio de nuestro protectorado como en esta santa ciudad mora, encuentran los españoles un eco tan acusado de nuestras poblaciones. Por un momento, en la encrucijada de las callejuelas, surge el espectro de un barrio morisco toledano.

El árabe de Xauen pertenece a la rama descendiente de los expulsados de Córdoba.

Y se creería que sus almas soñadoras, evocan nostálgicamente el pasado esplendor de los califas, porque tienen en sus rasgos inconfundible delineamiento de tristura. Son pulcros de dicción, sus ademanes parecen acordados a una armonía de elegancia, y conceden a la cortesía singular atención. ¡Cuán distintos de esos rifeños feroces y sin distinción alguna! Entre los habitantes de Xauen se encuentran inteligencias poco comunes y es en esta ciudad donde la flor



En la tradicional Pascua musulmana del Carnero. Nuestra fotografía representa una típica música compuesta de dulzainas y tambor, que marchan al frente de las Cofradías, que con sus vistosas banderas harán el ofrecimiento acostumbrado al Profeta, mientras las calles, cubiertas con los ricos tapices de Rabat, esperan el paso de la comitiva

de los joriconsultos marroquíes ha establecido su asiento y explican y definen el derecho musulmán con el arte de una justa.

Ofrece también extraordinario encanto el



La ciudad de Xauen. Fotografía hecha, el mismo día de la ocupación, a 400 metros de altura, desde un aeroplano tripulado por el capitán Sandino y el teniente Riera.

barrio hebreo, el «mellah», que con su pobre apariencia, con sus callejas mezquinas, da la sensación de una raza cuya civilización se quedó detenida en el siglo XVII. Nuestras tropas al tomar esta ciudad mora, vivieron una amable remembranza del 60. Los hebreos, indudablemente satisfechos de la llegada de las tropas españolas, que les iban a librar de la despiadada humillación en que les tienen los moros, y ganosos de abrir cauce a sus intrepídeos de comerciantes, salieron a las puertas de la ciudad y prorrumpieron en gozosos gritos de salutación.

—¡Xed bien venidos! ¡Xed bien venidos!

—¡Muchas mercedes!

—¡Dios los truxo!

—¡Nos habéis salvado!

—¡Viva la Reina Isabel!

¿Creían sin duda, en su explosión de alegría, sencilla y natural, que aún reinaba en España la Reina Isabel?

La vida en Xauen, aparte de las vicisitudes de la campaña, es apacible. Las costumbres y las fiestas responden a un equilibrio de tranquila serenidad, que parece cobrar visión plástica en el ritmo de los movimientos, ese lento andar de los moros que pasan

con el aspecto fantasmal de sus blancas vestiduras. Tienen algo de monjes estos moros, cuyos ritos religiosos los practican con un recogimiento verdaderamente devoto. También aquí, como en las ciudades andaluzas, existen muchas cofradías y tienen cierto aparato espectacular las fiestas religiosas. Una y otra religión, la nuestra y la de ellos, en esto juntan sus ramas. Parecido concepto de fiesta engarza los ritos. El paso procesional de estas cofradías tiene fantástica visualidad. Hay algo de estampá. Por la chata puerta de arco romano salen las cofradías de Xauen, la de Aisana, la de los Chiclaba, la de

los Barkana, portadoras de diversas banderas de varias clases de tonos de color: rojas, azules, amarillas, anaranjadas, que tremolan sobre las blancas vestiduras y forman una policromía seductora.

Unid a esto la emoción que producen sus cantos. Cantos monótonos, de un dejo primitivo, salmodiados más bien, al tiempo que agitan las banderas y las albas capuchas con ritmo cansino pero magestuoso. Es un canto plañidero, de consejo y resignación, canto de ingenuo sentido de esa raza que aún cree la fantasía que les legaron sus raprôdas, que aún embriagan sus sentidos con el viejo credo mahometano:

«¡No hay más Dios que Alál!»

Suena el canto firme, decidido, pregonando la soberana grandeza divina de su Dios. Las cofradías, la alba procesión, recorre las callejas rezongando el canto:

«¡Mahoma es su enviado!»

Las voces se aunan, se confunden en el tono del coro. Ya el aire sencillo, monótono, lo tienen bien aprendido y no hay un desentono que rompa o afile el canto, que va corriendo por la ciudad y esparciendo los religiosos consejos:



Vista de las centenarias murallas de Xauen, la ciudad sagrada.

«¡Oh, servidores de Alá:
No hagáis sino el bien!»

Y en la apacible serenidad del cálido día, la cinta blanca de las cofradías de Xauen, ondula, se estira, se recoge, parece una serpiente que se arrastra por las viejas calles juevas...

Chefchauen es un pueblo andaluz y no un pueblo puramente marroquí. Es un pueblo andaluz de esos arabizados. Huertas por el boquete del horizonte, huertas con olivos; naranjos y granados: montaña es-

carpada y desnuda; jabelgo deslumbrante en las paredes; rojizos ángulos de tejados; sol fuerte; cielo límpido; calles estrechas; un castillo lejano como el que enseñan en los pueblos andaluces y que fué de los moros; un minarete como la Giralda; aceite, vino, frutas, limones; caballos de ojos hermosísimos; cortijos aquí y allá, en las afueras; ventanas estrechas y, en fin, flores en algún mirador.

Xauen, la ciudad sagrada, se nos muestra tal como es, un pueblo andaluz que muestra se la historia de su leyenda...

CURIOSIDADES CASTELLANAS

El rito gótico o mozárabe se conserva aun como histórico recuerdo, en una capilla de la Catedral de Toledo y en otra de la de Salamanca.

En Santander y Segovia, se han encontrado restos de la raza Cro-Magnón, caracterizada por su elevada estatura y su mayor capacidad craneana.

El tratado entre Alfonso IX de Castilla y Alfonso II de Aragón (1178) está escrito sobre papel.

Durante la primera mitad del siglo XVII, Segovia contaba por cientos de miles las cabezas de ganado lanar.

En las «Siete Partidas», se manda marcar con hierro candente al que blasfemara, siempre que no tenga bienes para pagar su delito.

DE LOS FONSECAS, EN COCA



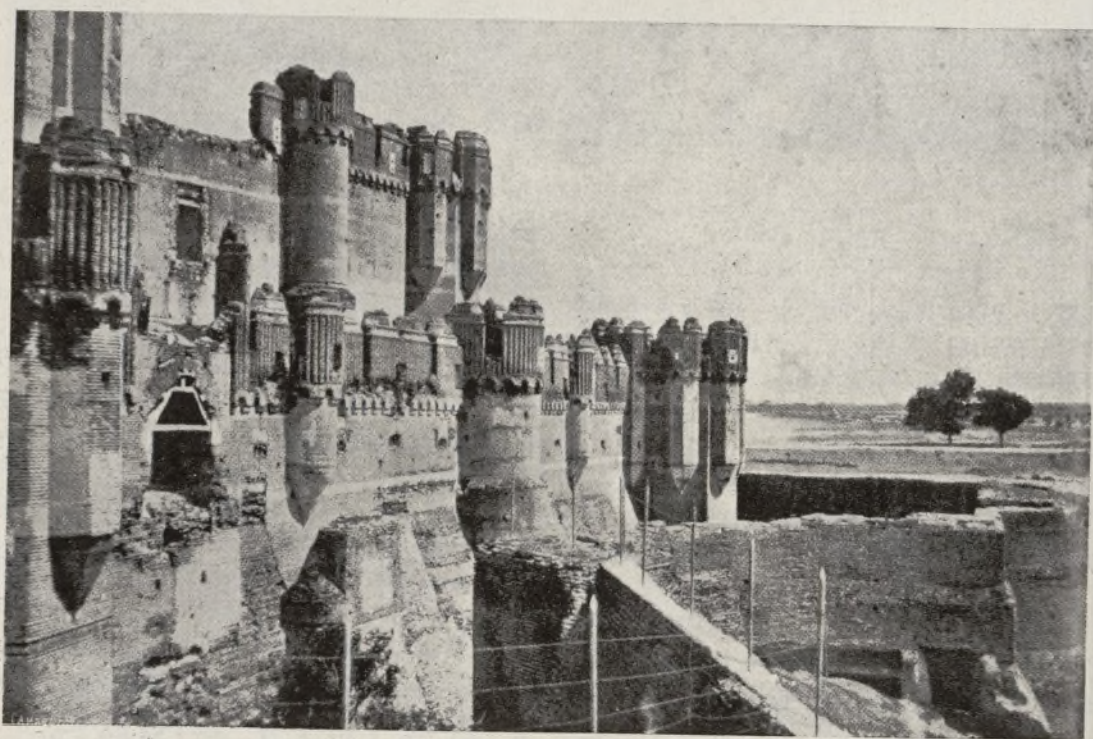
VIEJOS CASTILLOS DE ESPAÑA



Coca fué una histórica villa de cuya importancia en la época romana dan cumplida fe numerosos documentos, así como la da de su interés en la Edad Media un famoso castillo, gentil y fuerte, que aún conserva en la fábrica que no destruyó el tiempo, la belleza y la solidez que tuviera hace siglos. Pero hoy, la antigua Cauca sería solamente una aldea insignificante, si a más de estos vestigios del

condiciones salúte-
ras, atraen la atención
de las gentes de las
populosas ciudades.

Pero como no ha de ser nuestro objeto cantar las excelencias de Coca como refugio y esperanza de dolientes, y menos aun intentar el bosquejo de su paisaje sugestivo, vamos a encaminar nuestros pasos hacia la ruinosa fortaleza que dice a nuestro espíritu algo más interesante de lo que decir puede



Muralla, foso y puerta correspondiente al puente levadizo

pasado no tuviera en su torno los frondosos pinares que constituyen su riqueza y que con la sabia vivificante de sus viejos troncos brindan salud a los enfermos y a los débiles.

Más por esto que por los recuerdos históricos que evocan sus ruinas, ha se perpetuado la fama de la villa, llegando hasta nosotros con el prestigio de las que, por sus

a nuestros ojos la belleza de sus panoramas.

Fueron sus señores los Fonseca, los que en el siglo xv lograron que recobrara en parte el esplendor que tenía en el año 150 antes de Jesucristo (602 de la fundación de Roma), en que sus moradores, en lucha con las legiones del cónsul Licinio Lúculo, perdieron tres mil combatientes, y habiendo tenido que admitir, entre otras imposiciones

del vencedor, la guarnición romana, fueron víctimas de las más horribles de las carnicerías por parte de ésta, que pasó a cuchillo a sus descuidados habitantes, sin perdonar a las mujeres ni a los niños, salvándose muy pocos que lograron escapar lejos de la villa.

Restaurada veinte años después por Escipión Emiliano, y no obstante las franquicias, ventajas y seguridades con que pretendió atraerse nuevos pobladores, Cauca no recobró su pasada grandeza.

Asolada por las guerras que se sucedieron durante la dominación sarracena, fué repoblada en el año 938, poco tiempo antes de la batalla de Simancas, pero no recuperó entonces tampoco su esplendor primitivo, y más que en la Historia, por hechos importantes, suena su nombre en los romances del arzobispo don Rodrigo, que la cita entre las poblaciones rescatadas por Alfonso VI.

A medida que sus señores los Fonsecas aumentaron su poder y su influencia, creció en importancia la villa, que hacia el año 1500 estaba defendida por imponente fortaleza que, si tenía solidez propia de castillo; también mostraba magnificencia de palacio.

Doña Beatriz de Fonseca contribuyó al engrandecimiento de Coca desde que, casada con un nieto del rey D. Pedro, fijó su residencia en la villa, y su hermano don Alonso, arzobispo de Sevilla, acrecentó la casa y fundó su mayorazgo, aprovechándose de los trastornos de aquel tiempo y de la debilidad de Enrique IV, quien más de una

vez vióse obligado a acudir allí para parlamentar con los rebeldes.

Bajo el señorío de los sobrinos del eclesiástico magnate, sostuvo su importancia, no obstante las violentas acometidas que sufriera en tiempos de los comuneros.

El castillo de los Fonsecas elevase al oeste del pueblo, en la confluencia del río Voltoya con el Eresma.



Puerta del segundo recinto, al patio de armas

No destaca su mole a gran altura, coronando una cumbre como la mayor parte de las fortalezas de aquellos tiempos; pero contemplado de cerca, la profundidad de sus fosos produce un efecto imponente. No obstante ser de ladrillo toda su fábrica, es tal su gentileza, que puede asegurarse que desde el punto de vista artístico supera a muchas de sílbería.

Flanquean los ángulos de la barbacana ochavadas torres con garitones en cada una de sus caras. Una arquería corrida muestra la riqueza de su adorno,

que también avalora los cubos que sobresalen de los lienzos, en los que también hay garitas.

Por el lado del Este, un puente y dos torreones señalan la entrada al primer recinto. El castillo, que reproduce el plan de la barbacana y su ornato, está salpicado de saeteras, y en el lado septentrional elevase la torre del homenaje con fuertes cubos en las esquinas y pareadas garitas por sus cuatro costados. Una puerta de arco rebajado, dentro de una ojiva semiarábica, encuadrada por molduras, da acceso a un patio que estuvo rodeado de doble galería, cuyas be-

llas columnas de mármol, como los azulejos que adornaban el piso y las paredes, han desaparecido, no quedando de todo ello sino las bóvedas de la torre.

En la cerca que, unida al castillo, rodeaba en otro tiempo la población, hay una puerta que llaman Arco de la Villa, que es un precioso monumento de la Edad Media.

Estas bellas ruinas que el tiempo destruyó poco a poco fueron un tiempo el palacio de los Fonseca, aquellos poderosos señores

que tanta intervención tuvieron en señalados sucesos históricos, y cuyas cenizas guardan bellos sarcófagos en la iglesia de Santa María.

El duque de Alba es hoy propietario de la histórica fortaleza, que habla de un pasado brillante y evoca con su gallardía y su arte tiempos de esplendor y grandeza que no han de volver.

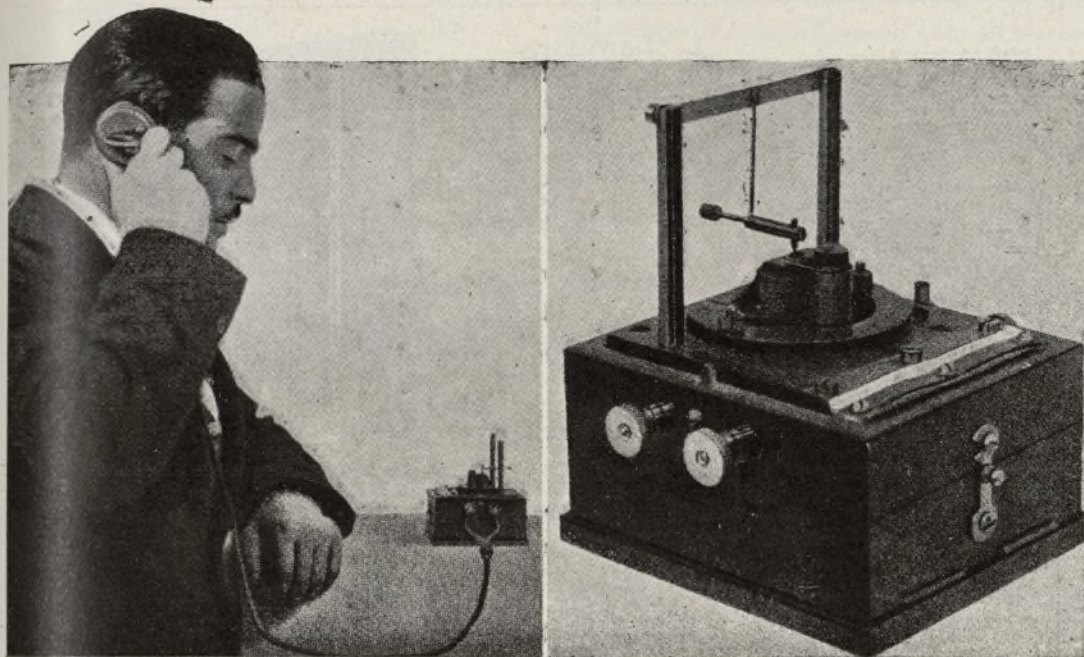
ELADIO PÉREZ ASENJO.

TIPOS MILITARES



ESCOLTA REAL — Gran Gala

DE RADIOTELEFONIA



EL AMPLIFICADOR TAULEIGNE

¿Se ha realizado, al fin, el amplificador soñado por los galenistas?

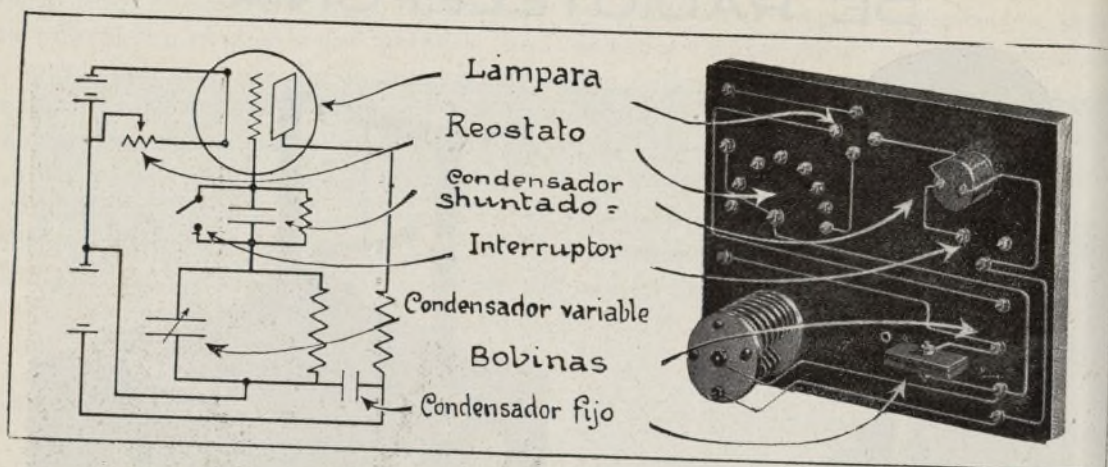
A juzgar por las noticias de prensa extranjera, están de enhorabuena los sinhilistas, por la curiosa invención del sabio de Pontigny. El amplificador que ha ingeniado responde a una necesidad sentida y a una impaciencia, manifestada por los galenistas que ya son legión, no sólo en el extranjero, sino también en España. Numerosísimas han sido las cartas que los técnicos han recibido y reciben, anhelando noticias sobre algún amplificador que se adapte al receptor de galena, sin grandes desembolsos, y a ser posible, sin baterías ni acumuladores.

Aunque han sido en efecto muchos los resultados conseguidos en el dominio de la T. S. H. las aplicaciones de esta ciencia no han rendido fruto más que a los aficionados que se encuentran cerca de las estaciones emisoras. Existen aparatos que regulan admirablemente el límite de las ondas y de las audiciones, pero éstos están más bien reservados a técnicos y a personas muy expertas. Si se quiere que la radiotelefonía venga a ser po-

pular, es preciso que la mayor parte del público, de los aficionados, que se cuentan en muchos miles, estén dotados de un instrumento o aparato de reducido volumen, de muy sencillo manejo, de gasto casi nulo y de mínimo precio. Por el instante los aparatos de galena reúnen estas múltiples condiciones. ¡Pero qué deficiente recepción! ¿Hay algún galenista que pueda asegurar que ha recibido una emisión de más de 200 kilómetros?

Innumerables investigaciones y tentativas se han hecho en Strasbourg, Lyon, Toulouse, Marsella y Burdeos, para poseer un *broadcasting* (su traducción inglesa-siembra a voleo) más completo que el de la capital; porque el de ésta, gracias a las incesantes innovaciones que está introduciendo Radio-París, llena ya las mejores condiciones.

Oír cada vez más fuerte y oír estaciones más numerosas y más lejanas es el objeto que persigue el aficionado. Los poseedores de aparatos de lámpara oyen emisiones lejanas y seleccionan la



Construcción del ondámetro.—Todos los aficionados sinhilistas comprenderán fácilmente el esquema del heterodino que se muestra a la derecha. En una plancha de ebonita de seis milímetros de espesor se van colocando, después de perforada como indica el dibujo, la lámpara, el reostato, los condensadores fijos, el shuntado y variable y el interruptor; todo esto no ofrece ninguna dificultad de montaje. En cuanto a las bobinas se adaptan fácilmente a unos soportes en la parte delantera del aparato.

audición, pero ¿a qué precio? Por otra parte los galenistas, estos desheredados de la T. S. H. habían sido hasta aquí condenados a no recibir jamás emisiones de otras estaciones y no poder amplificar la voz de las que las perciben.

De ahora en adelante el amplificador Tauleigne asegurará una recepción más fuerte y de estaciones lejanas.

A su tiempo se hará la descripción de este aparato maravilloso, que ha de complacer tanto a los galenistas. Por ahora reseñaremos las tres fórmulas resumidas por el mismo inventor, que son las siguientes:

«Si no oís nada con galena, no os puedo garantizar que oigáis con mi amplificador, porque puede estar la recepción muy alejada del punto de emisión. Lo que es cierto es que con él oiréis muchas estaciones emisoras que no podríais sospechar con la galena sola.

Desde que empecéis a oír sobre la galena alguna cosa, ésta se hará muy fuerte en el auricular, por medio de mi aparato.

Si vuestra recepción sobre galena es buena, el aparato os hará oírlo a alta voz.

Un circuito para medir las longitudes de onda.

Como la radiofonía ha tenido y tiene en este momento en España tan gran difusión, supone-

mos al lector enterado de lo que es longitud de onda y de la importancia que tiene esta característica en la T. S. H. Numerosos han sido los aficionados que recibieron en sus aparatos una emisión de estación desconocida y no han podido conocer su longitud de onda para identificar su punto de partida.

Para llenar esta laguna, sin entrar en detalles y explicaciones técnicos, mostraremos a nuestros lectores como puede construirse un metro para medir estas ondas, o, mejor dicho, un *ondámetro*.

La disposición adoptada en este aparato—como se vé en el esquema—permite la alimentación del *heterodino* (nombre con que se ha bautizado el conjunto) por las mismas baterías de pilas y acumuladores del puesto o aparato receptor.

El condensador shuntado colocado en el circuito de la rejilla tiene por objeto mejorar la estabilidad de las oscilaciones emitidas por el aparato. Una manecilla permite ponerle en cortacircuito y aumentar la energía en el circuito de medida.

L₁ y L₂ son dos bobinas de self acopladas, cuyos enrollamientos son paralelos y muy próximos. Hay que observar su sentido de acoplo; si el heterodino no funciona se invierten las conexiones de las bobinas.

Estas están acopladas entre sí de una manera rígida y el sentido de sus conexiones se determi-

nan de una vez para siempre en los primeros ensayos.

Los juegos 1 y 2 son de bobinas de «fondo de cesta» sin soporte; los juegos 3 y 4 se componen de bobinas de «nido de abeja».

Las bobinas responden a las características dadas en la tabla abajo reseñada; en las columnas L_1 y L_2 está marcada el número de espiras de las bobinas; en las columnas $C=0$ y $C=1/1000$ (valores extremos de la capacidad variable) están indicadas las longitudes de onda.

	L_1	L_2	$C=0$	$C=1/1000$
			m	m
Juego n.º 1	15	25	78	250
Juego n.º 2	40	60	120	500
Juego n.º 3	120	150	410	1.400
Juego n.º 4	400	1.200	1.200	4.200

Cada uno de los juegos será fijado en una plancha de ebonita con cuatro bornas completas.

Una vez montado el aparato, hechos los agujeros, colocadas las manetas y las bobinas y verificadas las conexiones, es preciso asegurarse si funciona el aparato.

Para esto embornamos desde luego los acumuladores y las pilas y escuchamos una emisión cercana.

En este momento colocamos sobre nuestro heterodino las bobinas que corresponden a la

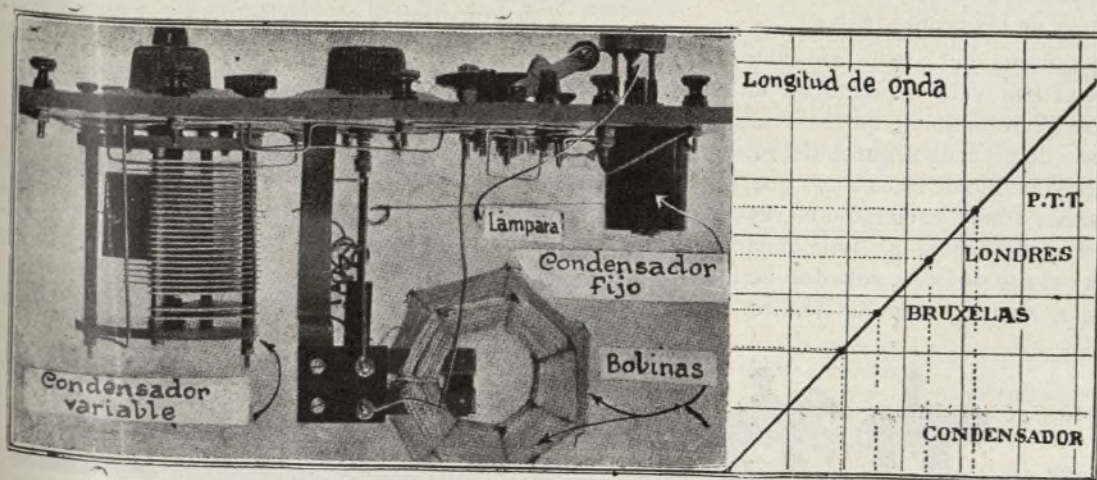
longitud de onda de esta estación, por ejemplo, 450 metros de longitud (juego núm. 2) y encendemos la lámpara.

Haciendo girar lentamente el condensador variable, oímos un silbido agudo, cada vez más grave, y después se irá extinguiendo hasta llegar a un punto del condensador, donde no se oiga. Entre los puntos precisos en que empieza y extinguen los silbidos, o sea las dos zonas de ruido, está el acorde de nuestro heterodino de la emisión a recibir.

Ya que nos hemos asegurado que funciona el aparato, para que nos pueda ser útil es preciso graduar la longitud de onda.

Las emisiones radiotelegráficas o radiotelefónicas son numerosas y su longitud de onda está, en general, bien determinada. Estas emisiones pueden servirnos de punto de partida y de comprobación.

Tomemos una hoja de papel cuadriculado. En una línea vertical pondremos la escala de longitudes de onda y en una horizontal las divisiones del condensador. Escuchemos en nuestra estación receptora las emisiones cuya longitud de onda nos es conocida y busquemos en el condensador del heterodino el punto que corresponde al silencio entre dos zonas de silbidos. Marcaremos, entonces, en el papel un punto en la intersección de las líneas horizontal y vertical, correspondientes a la longitud de onda y a las divisiones del condensador.



Un ondámetro y gráfico de comparación

Determinaremos así en cada bobina dos o tres puntos y comprobaremos que la curva obtenida sensiblemente se acerca a la recta.

El heterodino nos permitirá resolver dos problemas principales: determinar la longitud de onda de una emisión o regular el receptor a la longitud de onda dada.

En el primer caso, recibiremos la emisión en nuestro receptor. Sabemos por nuestros *reglajes*, el orden de la longitud de onda que buscamos. Colocamos entonces en el heterodino las bobinas correspondientes, y busquemos, haciendo girar el condensador variable, el punto de silencio entre las dos zonas de silbidos.

Nós es suficiente llevar este dato a nuestra curva para deducir de ésta la longitud de onda recibida. Sea, por ejemplo, una emisión por la cual el heterodino acusa 120 grados con el juego nú-

mero 2; busquemos en la curva el punto que corresponde a los 120 grados y dirigiéndonos horizontalmente vemos que la longitud de honda es de 400 metros.

Inversamente, si queremos regular nuestro receptor a 300 metros, colocamos en nuestro heterodino el juego núm. 2. Leemos en la curva que 300 metros corresponden a 65 grados del condensador y entonces damos a éste esa posición. Busquemos, ahora en nuestro puesto receptor la posición del condensador donde da el silencio entre dos zonas de silbidos; en este momento, podemos estar seguros que nuestro puesto está regulado para recibir, con el máximo de rendimiento, las ondas de 300 metros.

El mismo aparato, que está llamado a ser utilísimo, puede servir también para otras medidas, muy provechosas a los sinhilistas.

PRIVILEGIO REAL A LOS ARRIEROS

Siendo menor de edad el infante D. Alfonso, que luego fué el VIII de su nombre en Castilla, anduvo cogido y soltado, entre guerras y alteraciones sangrientas, por los señores feudales que se disputaban su tutela. Estuvo en poder de don Gutierre de Castro, a quien el Rey D. Sancho había designado para la regencia, estuvo también en poder de los Laras y de otros, hasta que su tío D. Fernando de León entró por Castilla, y apoderándose del niño-rey consiguió que las Cortes de Soria confirmaran a su favor la entrega de Alfonsito y de las rentas reales.

Los señores de Castilla sacaron al reyecito de donde estaba y lo depositaron en el castillo de Atienza (Cuadalaajara), que se tenía por entonces por uno de los más seguros del reino; pero luego vino otro bando de *ricos-omes* que, no hallándose conformes con el encierro del rey-niño, idearon robarlo y llevárselo a Avila, empresa no fácil, porque el rey de León, sabedor de las discordias feudales, avanzaba con su ejército.

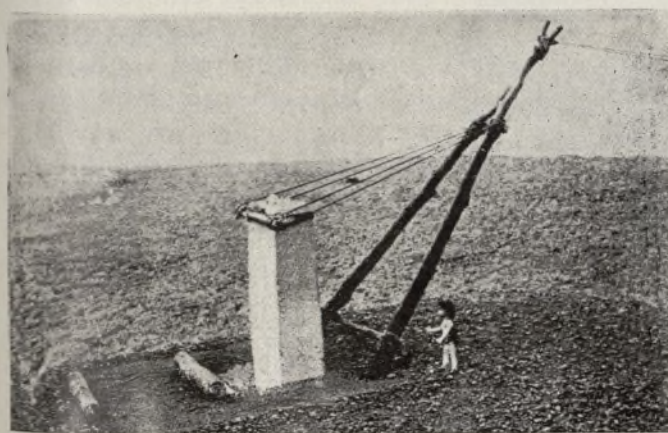
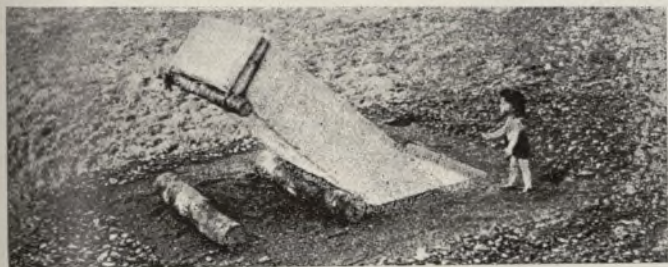
Los *ricos-omes* se confabularon con los arrieros de la villa, *recueros*, o conductores de recuas, afamados por su robustez, ligereza y osadía, y organizaron una caravana, en la cual, clandestinamente y vestido como chico de arriero, fué conducido y salvado, pasando ante las tropas leonesas el que después había de ser D. Alfonso VIII, el de las Navas de Tolosa.

Para premiar la bazarria y tesón de los arrieros de Atienza, en cuanto Alfonso empuñó el cetro les concedió el privilegio de llamarse caballeros y de constituirse en Hermandad o Cofradía para practicar entre sí la caridad y ayudarse mutuamente.

La citada *Hermandad de Recueros* de Atienza celebra todos los años la hazaña de sus antepasados en Pentecostés, con una procesión a la que se denomina *Caballada*, la cual termina como casi todas, en jolgorio y diversiones.



COMO CONSTRUIAN LOS ANTIGUOS

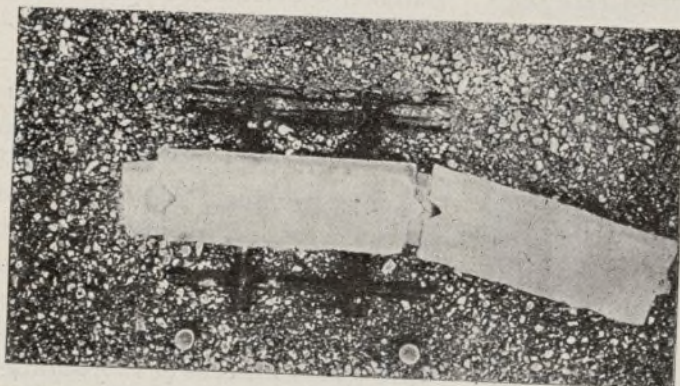


Cuando al pasar ante las obras de alguna de las gigantescas edificaciones modernas, nos admiramos de los medios que el hombre precisa para llevar a cabo la construcción y contemplamos las gigantescas grúas y los complicados polipastos olvidamos el formidable esfuerzo que requirió el alzamiento de los imponentes monumentos que los hombres de la prehistoria legaron a la posteridad para asombro de sus generaciones.

Las pirámides, el templo de Karnak, los jardines babilónicos, las murallas de China... Y aún más admirables en su ciclópea simplicidad los prehistóricos testigos de los albores de la humanidad civilizada que son la primera muestra arquitectónica que denota la esclavización de la Naturaleza a la mano del hombre; de ese hombre que unció los bueyes, que fabricó armas y que sintió en su rústica mentalidad la aurora de la estética.

Las ilustraciones que aquí reproducimos pertenecen a la interesante obra de Mr. E. Herbert Stone y representan el modo probable, deducido de sus minuciosos estudios, con que los hombres prehistóricos erigieron el famoso Círculo de monolitos.

1. Para poner en pie la primera piedra, hacían previamente un hueco en el suelo.
2. La piedra sobre dos rodillos era empujada sobre dicho hueco, en el cual penetraba por uno de sus extremos.
3. Apoyando en un caballete, se levantaba con maroma la piedra, que quedaba al fin de pie en su emplazamiento.
4. La misma operación se efectuaba con otra segunda piedra y, levantadas las dos, se acumulaba tierra sobre ellas hasta cubrirlas por completo.



En nuestro país, la región cántabro-pirenaica es de las más ricas en monumentos prehistóricos, algunos de los cuales, por su especial factura permiten suponer que pertenecen al mismo orden que las existentes en el Languedoc y en el Sur de Francia.

Quien desee conocer detalladamente cuanto sobre la prehistoria y su humanidad se ha escrito, encontrará ancho campo en los concienzudos e interesantes estudios de S. A. el Príncipe de Mónaco, que con su preclaro talento y su generosa hospitalidad ha protegido y patrocinado los trabajos de nuestros más eminentes arqueólogos.

En un próximo número daremos a conocer en una sucinta crónica, los interesantes datos que para la historia del hombre primitivo nos proporciona nuestra Cueva de Altamira, en Santillana (Santander), en donde la fantasía de aquellos «rústicos» hombres, decoró con artística y elegante sencillez las húmedas paredes de aquel refugio contra las fieras. Si atrevidos y viriles son los pétreos testigos de aquellas pristinas edades, no menos maravillosas, en la grandiosa simplicidad de su técnica, son las pinturas que con ocre, carbón y sebo de carnero, nos dejaron los hombres de la prehistoria: artistas y cazadores, de viril puño y exquisita sensibilidad.

5. Obtenido ésto, era preciso elevar sobre el plano inclinado formado por la tierra la piedra que tenía que servir de dintel. La operación se ejecutaba arrastrándola con rulos.

6. Cuando el dintel era muy grande lo formaban dos piedras, las cuales se ensamblaban como indica el grabado.

7. Gruesos maderos, a manera de palanca, ajustaban el dintel sobre los fustes.

8. La operación terminaba quitando las palancas y descubriendo de tierra las piedras, quedando al descubierto el monumento.

LOS PEQUEÑOS HEROES LA EDUCACION MILITAR EN LOS NIÑOS

Es una condición marcadísima en los niños, su decidida afición por los soldados. Pocos son, entre la gente menuda, quienes no les gusta cuanto se relaciona con el Ejército. Para ellos el juguete predilecto es los soldados de plomo. ¡Con cuánta alegría los forman y pelean reñidas batallas! Les seduce sobre manera la gloria militar. Llevar en la cabeza casco de pluma, y marchar montado a caballo, con la espada en alto, al frente de los soldados. Para las tiernas almas infantiles nada tan grato como los desfiles militares, a tambor batiente y banderas desplegadas. Es un espectáculo que enciende en ellos ignorados sentimientos nobilísimos.

El entusiasmo infantil por el Ejército se manifiesta de modo terminante. Los niños muestran enseguida sus gustos, porque inmediatamente los revelan en sus juegos. Al principio de la vida, es el florecer de los sentimientos, cuando todo es espontáneo y ninguna dañina teoría ha debastado los brotes de la verdad, los niños se arrebatan con los altos y sagrados sentimientos de la Patria. Sin darse cuenta de ello, por propio impulso,



El soldado más joven de Servia, que se batió en dos campañas, y a quien el Rey Pedro obsequió con una Medalla de Oro, en recompensa de su bravura y por haber capturado una ametralladora austriaca en Shabatz, después que todos los Oficiales de su Compañía habían sido muertos. Fué promovido al rango de Sargento.



El soldado más joven de Francia, Jacques Viriot, edad trece años, que sirvió en las trincheras de Suippes.

intuitivamente, como si la Naturaleza misma les ordenara con su mandato de imperativo categórico, los niños vibran entusiasmados al paso de los soldados, de los bravos guardianes del honor y de la grandeza nacional. Difícil es presenciar el paso de un regimiento, sin ver delante de la escuadra de gastadores, un tropel de muchachuelos que armados de palos, a modo de fusil, rompen la marcha con airoso continente. Esos instantes les hacen felices como ningunos otros. Sueñan con guerrear, con ser héroes...

¿Por qué luego no se les educa en ese ejemplar sentimiento? La escuela debiera ejercer cierta educación militar en los niños. Porque hacer hombres amantes del Ejército, no es, en definitiva, sino hacer patria. El terreno abonado está en todos los niños y con un poco de celo se obtendrán resultados beneficiosos. Para que una nación sea grande y ocupe en el mundo un puesto preeminente, es preciso que todos sus ciudadanos tengan firmemente arraigado el sentimiento militar. Ser hombres de toda clase de trabajos, dedicados a toda clase de industrias, comercios, oficios y

artes; pero llevando en el alma el pundonoroso sentimiento del más rendido amor a la Patria. Y así, cuando llega esa hora de todos los pueblos, de acudir al campo de batalla, se empuñan las armas alegremente y se tiene la preparación conveniente para hacer del Ejército un todo armónico y de apretado lazo.

También los niños han peleado. Muchas son las páginas de la Historia en las que el nombre de un pequeño soldado está escrito al lado de las más meritorias hazañas. Y al contrario de como pudiera suponerse, no se acobardan los niños al escuchar el estampido de los disparos. Diversas muestras han dado de su valentía. El trompetilla, ese tipo característico del Ejército, es la nota más

alegre y revoltosa de los campamentos. Frente al enemigo, de cara a la muerte que acecha, el cornetilla ríe gozosamente y con indiferencia y olvido del peligro, constituyendo así un ejemplo de ánimo para los soldados mayores.

Ofrecemos a nuestros lectores dos interesantes fotografías de niños soldados, que pelearon bizarramente en la Gran Guerra, con un entusiasmo y una valentía tan asombrosas, que en verdad parecían llevar en la mochila el bastón de Mariscal, que Napoleón decía de todo soldado. Estos dos pequeños soldados, francés el uno y servio el otro, son el símbolo de los seres de su edad; ellos realizaron el sueño de todos: ser soldados y jugar de veras a las batallas.

EL INVENTOR DE LA PRIMER ARMA DE FUEGO

Los inventores de la primer arma de fuego, es indudable que fueron los chinos: éstos emplearon cañones contra los Mogoles en 1232, al poner sitio a Cai-fung. Las armas de fuego que se citan anteriormente, es cosa averiguada que no eran más que flechas encendidas con *natrón* o *nitrun*, sustancia simple que se encuentra natural en la India y en la China.

Dicen las crónicas árabes que en el sitio de Niebla (1254) los defensores de la plaza emplearon ciertas máquinas, con las que arrojaban a los cristianos sitiadores piedras y materias inflamadas, con un estruendo semejante al del rayo, lo cual parece indicar piezas de artillería. Lo que no cabe duda es que los moros las usaron en la batalla de Wadacelita (1340), y en el sitio de Algeciras.

Según todas las probabilidades, los árabes aprendieron a hacer la pólvora de los chinos.

En el sitio de Zahara (1343) emplearon los españoles unas piezas de artillería que lanzaban piedras esféricas de 3.000 libras.

Los ingleses no hicieron uso de la artillería hasta el año 1346, y los franceses en 1348.

Los *cañones de mano*, que es como primeramente llamaron a los arcabuces y mosquetes, aparecieron hacia el año 1480; como estas armas pesaban 50 o más libras, y había que apoyarlas sobre una horquilla, su manejo era grandemente embarazoso, y además, como la invención de las armas de fuego se calificaba de cobardía e inhumanidad, se clamó contra ella, diciendo que

destruía la raza humana, que anulaba el honor, y que el último de los villanos podría dar muerte al campeón más valiente y aguerrido.

Carlos V, conociendo la imperfección de los arcabuces y mosquetes, y lo ineficaces que eran contra la caballería cuando se humedecía la pólvora y se apagaba la mecha, llevaba todavía ballesteros a caballo en las guerras contra los berberiscos; Fourquevaux prefería aún los arcos y la ballesta a los arcabuces, por los mismos inconvenientes y poco alcance, y otros insignes guerreros fueron de este dictámen, hasta que se perfeccionaron dichas armas, se inventó la bayoneta y las piedras de chispa reemplazaron a la mecha.

EL PRIMER DECRETO DE CENSURA

Bertoldo, arzobispo y elector de Maguncia, fue la primera autoridad que publicó un edicto estableciendo la censura de libros y demás impresos. El tal edicto lleva la fecha de 4 de Enero de 1846, y las penas indicadas para los que se atreviesen a infringirlo eran muy severas: confiscación de la obra, excomunión de su autor, y multa de cien florines de oro, que pasaban al tesoro del arzobispado.

En España, los Reyes Católicos publicaron en 8 de Julio de 1502 una pragmática en el mismo sentido, por la cual se encargaba de la censura a los arzobispos y obispos, y se imponía como penas, a los que contravinieren sus disposiciones, la confiscación de la obra, que sería quemada en público, la pérdida del dinero por ella cobrado, y una multa igual al valor de los libros confiscados.



AQUELLAS condenadas Encartaciones en que parecíamos aislados del resto del mundo, eran para nosotros un infierno de tedio. Toda nuestra distracción, aparte por supuesto de ju-

garnos hasta el último botón de nuestras casacas de gala, consistía en murmurar, con perdón de la ordenanza, de todos nuestros jefes, y con especialidad del general Córdoba, que no se diría sino que se había propuesto tenernos estancados allí por los siglos de los siglos, sin retroceder un punto, es verdad, pero también sin avanzar una pulgada.

Tal inacción, de la que apenas salíamos de vez en cuando para sostener alguna escaramuza con las tropas del Pretendiente, nos tenía de un humor de todos los diablos, y para que nada nos faltara, hasta la dificultad de las comunicaciones hacía que meses enteros se pasaran sin tener noticias de nuestras familias.

Así es que cuando una mañana en que me entretenía, sentado con dos o tres oficiales más a la puerta de mi alojamiento, en querer hacer arder un cigarro más incombustible que si con amianto estuviera fabricado, oí al cartero que pronunciaba mi nombre, de un salto me puse de pie, y sin curarme de que los doce cuartos del porte consumían por entero los últimos restos de mi fortuna, me apoderé de la carta, no sin causar la envidia de mis compañeros.

Sin embargo, hubo un momento en que todas mis alegrías se trocaron en terrible sobresalto. No era mi madre la que me escribía. En aquellos caracteres engarbitados y rígidos trazados en la parte de la epístola destinada a sobrescrito, reconocía la mano de mi tía Circuncisión. ¿Habría ocurrido alguna desgracia en mi casa?

Pronto salí de dudas. Con menos cuidado del que exigía aquel sistema de plegar el papel sobre sí mismo, rasgué las profusas obleas que le cerraban, y al final encontré una docena de líneas de aquella letra menudita y rasgueada que había hecho pasar en su día por hábil pendolista a la pobre viejecilla, que sabe Dios si volvería a estrecharme en unos brazos que tantas veces me habían arrullado.

Por fin leí. Imposible parece que en tan poco espacio

pudieran contenerse tantas ternuras, tan delicadas y prolijas atenciones; y, sin embargo, para mí había allí materia para escribir un libro, ¡qué digo un libro!, centenares de volúmenes en cuya lectura hubiera tenido por dulce tarea consumir la existencia.

Los que no han pasado meses y meses expuestos to-

dos los días a que una onza de plomo les haga pasar de la lista de presente a la que publica luego el parte oficial con el epígrafe de «Muertos en la acción de tal o cuál», no

tienen la clave que hace falta para leer cierta clase de escritos.

Fruslerías, ñoñeces, repeticiones sin sentido hubieran encontrado sólo los profanos en aquellas diminutas patas de mosca, entre las que a cada paso una mancha del papel delataba una lágrima. Pero para mí cada

coma era un sollozo, cada rasgo un beso salido del alma; y no cada frase, sino cada palabra, cada sílaba, me decía muchas, muchísimas más cosas que los alambicados conceptos con que atestan sus octavas esos confeccionadores de poemas, en cuya sinceridad confieso que siempre creyó muy poco mi rudeza de soldado.

Pero aquel párrafo, de gran interés para mí y el primero que devoré con los ojos, por cierto preñados de lágrimas, no interesa para nada a mi cuento. Lo que sí importa es lo que me decía mi tía Circuncisión.

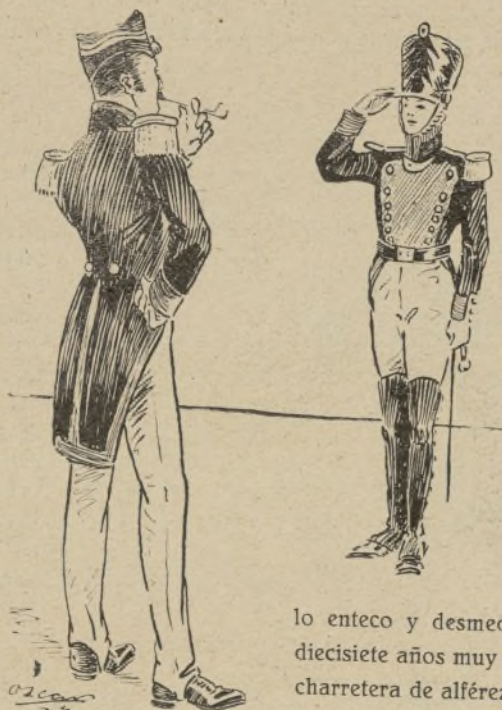
A Serafinillo, aquel chicuelo enteco y desmedrado que tendría en tal sazón diecisiete años muy escasos, le había comprado una charretera de alferez; y agregado, gracias a ciertas influencias, a mi mismo batallón, debía llegar de un momento a otro para incorporarse al ejército de operaciones.

La cosa era para preocuparme un poco. ¿Qué iba yo a hacer, en medio de las penalidades que se nos preparaban, de aquel chiquillo, que ni un momento había salido de entre las faidas de su madre? ¿Creería mi tía que aquello de la guerra era cosa de juguete?

Sin embargo, Serafin tenía mi misma sangre; iba a traerme, no sólo noticias, sino algo del aire que se respiraba en aquella casa de que no se apartaba mi pensamiento, y, lo confieso, ni en todo el día tuve momento de tranquilidad, ni aquella noche cerré un punto los ojos esperando su llegada.

LA CASA DE LOS DUENDES

RECUERDO DEL AÑO TREINTA Y TANTOS



026

II

Por fin, a la mañana siguiente se presentó en mi alojamiento. Hacía mucho tiempo que no le veía, y le encontré todavía más niño de lo que me había figurado.

Con su uniforme flamante apenas empañado por el polvo del camino, con su morriuncete enfundado de hule que olía a nuevo, con su charretera de oro recién salida de la tienda y que todavía hacían al asiento en su hombro izquierdo, y sobre todo con aquellas mejillas de muñeca de porcelana, más parecía figurilla de rincón que no militar llamado a curtirse en los campos y a ennegrecerse con el humo de la pólvora.

Y sin embargo, ni le faltaba aplomo, ni se daba mala traza para hacer de persona. La verdad es que si la pelusilla que comenzaba a apuntarle sobre el labio inferior hubiera podido pasar por bozo siquiera, ya hubiera sido otra cosa.

Aun así y todo, la impresión que produjo cuando le presenté a los jefes y a la oficialidad, sin estar exenta de cierta zumba, no fué mala. Es más, hasta por una

deferencia muy de estimar, mi comandante, que ya debía haber contado para ello con el coronel, hizo un pequeño trueque para que Serafín se quedara en la compañía que yo mandaba.

—La criatura no está en edad de andar sin niñera, me dijo en son de cariñosa burla; y tratándose de quien se trata, no creo que desempeñará usted mal el oficio.

III

A los pocos días comencé a alarmarme seriamente. Córdoba, no se si picado por las acerbadas sátiras de los periódicos de la corte o si obedeciendo a preconcebido plan, se dispuso a dar nueva actividad a las operaciones, y yo, que hasta allí no había deseado otra cosa que salir de aquella inacción, ahora temblaba por aquel muñeco presuntuosillo, de que con toda seriedad me había erigido en niñera y por el que sentía paterna ternuras.

Por el pronto, la cosa no fué del todo mal. Todo lo que hacíamos era verificar un movimiento de avance en

que no se disparaba un tiro y en el que no teníamos que luchar más que con las fatigas de la marcha que, después de todo, Serafín soportaba bastante bien.

Pero aquello no podía durar. Las facciones estaban casi a la vista, y no era dudoso que, a lo más dentro de un par de días, estaríamos metidos en una marimorena de las duras.

Con esta convicción llegamos una tarde a un pueblecillo de poco atractivo aspecto y de escasas comodidades, donde se nos dió orden de hacer alto. La tropa, aprovechando la benignidad de la estación, acampó al raso, y los oficiales nos repartimos como pudimos los escasos alojamientos, nada cómodos por cierto. Es decir, se los repartieron, pues yo, por haber llegado un poco tarde (siempre con la impedimenta de mi primo), estuve a punto de quedarme sin donde dar con mis molidos huesos.

Pero aquello, que pareció una contrariedad, fué una ventaja no pequeña. A fuerza de apremiar al alcalde, que me pareció el bribón más redomado del orbe, me dió las llaves de todo un caserón con humos de palacio en que hubiera podido meter hasta mi compañía entera.

El edificio, que estaba ricamente amueblado, no le habitaba nadie desde hacía largos años, y la causa según se nos dió, de no haberle puesto antes a nuestra disposición,



era que nadie en el pueblo, sobre todo desde el toque de oraciones, hubiera osado llegar a él por todo el oro del mundo.

Era, en una palabra, una de esas obligadas casas de duendes y fantasmas en que se oían ruidos misteriosos, arrastre de cadenas y demás zarandajas, mezcladas a no sé qué consejas de alma en pena y aparecidos, que pasaban, por lo visto, el rato en asustar a las gentes.

A mí, que no me cuidé nunca mucho de las cosas ultraterrenas, me importó todo aquello un bledo, y al examinar los mullidos lechos que ocupaban las amplias alcobas, me prometí la noche más apacible del mundo. Pero con sorpresa y enojo no tardé en observar que Serafin no participaba de mis ideas, y que ya desde que nos sentamos a la mesa para dar cuenta de la cena, que sabe Dios con cuantos trabajos logramos improvisar, pálido como un muerto y temblando como un azogado, no pudo pasar bocado, a pesar de estar en otras ocasiones dotado del apetito más envidiable que he conocido.

¿Y el resto de la noche? ¡Vaya una noche! Aunque yo no acerté a oír otro ruido que el ronquido de nuestros asistentes, Ser. fin no me dejó cerrar los ojos un punto, y a pesar de mis amonestaciones y hasta de mis amenazas, poco faltó para que llorando a moco tendido no se echara al campo huyendo de unos trasgos y unas visiones que veía con toda la claridad del más pueril y supino de los miedos.

¡Bravo militar nos habíamos echado! El que temblaba de aquellos cuentos de vieja, ¿qué haría cuando oyera silbar las balas sobre su cabeza y viera venirle encima aquellos escuadrones del titulado Carlos V, que hacían palidecer a los más bravos de nuestros soldados?

¿Por qué mi tía Circuncisión, en vez de engalanarle con aquellos marciales arreos, no le había vestido la beca para mandarle al seminario de Sigüenza?

IV

Cuando al empezar a clarear el día escuché el toque de generala y me enteré de que ya se habían cruzado

los primeros disparos entre nuestras avanzadas y el enemigo, confieso que sentí más miedo que el que toda la noche había tenido Serafin.

¡Gracias a que la falta de tiempo no me dió lugar a pensar en lo anómalo de la situación en que me hallaba metido! Apenas llegados a todo correr a las filas, se dió la voz de marcha, y a la media hora estábamos en la vanguardia tratando de romper las líneas de la facción, que a toda costa trataba de impedirnos el paso.

El encuentro no podía menos de ser rudo. Unas y otras tropas veníamos de refresco, y deseo no faltaba de batir el cobre.

No recuerdo bien los incidentes de aquel día; pero sí sé que dos veces cobramos nuestras posiciones y dos las perdimos.

Cuando la acción iba a decidirse, cuando ya no se trataba más que de avanzar o retroceder definitivamente, fué cuando distinguí a Serafin, que desde hacía muchas horas había perdido de vista.

Transfigurado por completo, delante de todos, teniendo en una mano la bandera del batallón, que acababa de abandonar un alférez a quien una bala había atravesado el pecho, y en la otra el sable, él era el que infundía aliento a nuestros soldados, y hasta ¿por qué he de callarlo, cuando en el parte oficial se hizo constar? a él, a él más que a nadie se debió la señalada victoria de aquel día.

V

Pero lo raro es la explicación que más tarde me dió de aquella transformación que trocaba al tímido corde-rillo en cachorro de leones.

¿Saben ustedes por qué se obstinó en no retroceder un punto? ¿No adivinan lo que le hizo desafiar cien veces la muerte y no bajar una sola vez la cabeza bajo aquella granizada de balas que agujereó por varias partes aquel morrión tan flamante y quitó parte del puente a aquella charretera brillante como el sol?

El miedo a pasar otra noche en la casa de los duendes.

ANGEL R. CHAVES

CASOS Y COSAS

Roma es, entre todas las ciudades europeas, la que más veces ha caído en poder de sus enemigos. Ha sido tomada o saqueada más de cuarenta veces desde el año 390 antes de Jesucristo.

En el transcurso del siglo XIX han muerto 400 hombres, se han perdido 200 buques y se han gastado 625 millones de francos en inútiles esfuerzos para llegar al Polo Norte.

No son las batallas modernas, en las que jue-

gan todos los medios de destrucción, las que causan mayor número de víctimas.

Efectivamente, en la batalla de Tours, librada el año 732 entre francos y sarracenos, perdieron la vida 370.000 hombres, y en la habida entre los Ejércitos de Atila y romanos y visigodos, perecieron más de 250.000 combatientes.

La más reñida y sangrienta de los tiempos modernos ha sido la de Borodino, que dejó sobre el campo de batalla 80.000 hombres.

LAS TRAGEDIAS DE ESQUILO Y SU SIGNIFICADO NACIONAL

En todas las artes hay temas de carácter universal y eterno, a los cuales se ajusta la manifestación estética realizando infinitas variaciones sobre cada motivo. Son como las directrices de la determinación del temperamento del genio. El Amor, especialmente, constituye el nervio fundamental de las obras de arte. En torno a él gravitan los demás aspectos constituyendo el multiforme caudal artístico. Entre ellos uno de los que más han influido en los artistas ha sido el histórico

dramas en el telar histórico. Velázquez pintó sus cuadros más sorprendentes sirviéndose de modelos reales. «Las Meninas», «Felipe IV a caballo», «El príncipe Baltasar», «El infante D. Fernando de Austria», «El Conde Duque de Olivares», todos esos maravillosos retratos de corte. Actualmente, el genio literario de nuestra época, Pérez Galdós, consiguió su vuelo más alto en el monumento nacional de los Episodios. ¿Y qué diríamos del mejor poema de nuestra poesía, de «El romancero



Una escena de «La Orestíada». Llegada de Agamenón al palacio de Argos.

rico militar. Multitud de pruebas nos dan de ello las obras de todos los tiempos; y tanto es así que acaso la cualidad más alta de los trágicos griegos, el acento terminante de su grandeza y de su preponderancia sobre el ánimo del supresensible pueblo ateniense, fué su esencia nacional, ese tono lleno y elevado que siempre emplean al cantar las glorias militares.

El Ejército, la Patria, los Soberanos, han constituido en los grandes artistas el pedestal de su fama más imperecedera. Nuestro Calderón y nuestro Lope de Vega, los dos autores dramáticos de más recia estirpe secular, han escrito sus mejores

del Cid», en donde el acento militar, las victorias de nuestro Ejército sobre los árabes resuena a redoblar sonoro de tambores?

Cada nación ofrece casos similares. Sus mejores artistas han dedicado rendido tributo a su historia. Shakespeare con el ciclo de sus tragedias de los Enrique y los Ricardo, escritos bajo la protección de la reina Isabel. Schiller, en Alemania, dejó «María Estuardo», «Guillermo Tell», «D. Carlos» y otros dramas de este carácter. Corneille y Racine, en Francia. La galería, en fin, de obras de este género es interminable, tanto en poesía como en las demás Bellas Artes.

* * *

Esquilo, el padre de la tragedia, el más admirable de los trágicos griegos que empezando con él, siguiendo con Sófocles y continuándose en Eurípides legó a la posteridad el más alto ejemplo de civismo, fué ante todo un poeta nacional. Todo en él es Grecia. La gloria de sus victorias; sus grandezas militares; el alto sentimiento nacional del pueblo. Como Cervantes, tuvo en su mano la pluma y la espada. Fué herido en Maratón, peleó en Salamina y en Platea, las formidables jornadas militares de Grecia, que luego con tan cálido verbo fueron cantadas por Herodoto.

Cuando comenzaban a flaquear las tradiciones religiosas, heridas por las escuelas filosóficas y aparecían las oligarquías y las tiranías que tanta fama habían de dar al siglo de Pericles, Esquilo compuso «Los persas», guiado del noble afán de avivar el amor patrio y hace que se apagaran las discordias y volviera Grecia sus fuerzas contra los verdaderos enemigos.

En las siete tragedias que por fortuna para la humanidad se conservan del excepcional poeta trágico, salvadas del incendio de la famosa biblioteca de Alejandría, en donde sucumbió el amplio tesoro esquileo, en todas ellas resplandece el sentimiento nacional del autor. Su obra capital, «La Orestíada», compuesta por la trilogía «Agamenón», «Las Choeforas» y «Eumenides», tiene principio en el sitio de Troya. Allí salen los soldados vencedores del largo sitio, se relatan los combates con tonos grandilocuentes, y el rey Agamenón regresa a su palacio de Argós trayendo prisionera a Casandra, el «ruiseñor troyano» como la nombra Homero. Del sitio de Troya surge la tragedia, que luego habrá de tomar derivación distinta internándose en el proceso psicológico de la conciencia atormentada de Orestes.

En «Los siete contra Tebas» describe el cerco de la ciudad. Es admirable los efectos dramáticos que le inspira el suceso de armas; y pinta de manera maestra a los caudillos sitiadores. Escena perfectísima en la que el espía refiere a Eteocles el Ejército atacante y a cada guerrero va el hermano de Polínices oponiendo uno suyo. El poeta en esa escena entra de lleno en el campo de la epopeya. Con esta tragedia, de sencillo mecanismo, Esquilo trató de enseñar a sus compatriotas la fe y el entusiasmo con que se ha de pelear por la Patria. Con razón dijo Aristófanes de esta pieza dramática que «está llena del espíritu de Arés». El sentido de hospitalidad, que debe existir en

todos los pueblos y que engrandece a las naciones, recogido está en «Las Suplicantes» donde las hijas de Banal piden amparo al rey de Argos, «Prometeo» enseña el afán de engrandecerse, de estudiar y acercarse a los dioses que deben presidir la orientación nacional.

Pero sobre todo, «Los persas», es la tragedia militar por excelencia. En toda ella, en cada verso, se siente palpar el esforzado corazón del héroe de Salamina. Cuanto allí ocurre, es un canto continuado, un ritornello que se repite sin tregua, de la gloria militar griega.

Estas cualidades, sobre todas las demás, es lo que dieron a Esquilo su grandeza. Sus obras responden árdidamente al gran entusiasmo nacional del poeta. Para él lo primero era la Patria; y el teatro, lugar tan influyente en la masa popular, él lo utilizaba no sólo para sus sueños de artista, sino como resonador de cuanto pudiera constituir llama que prendiera el fuego del amor patrio.

Y las tragedias así compuestas adquieren una emoción no igualada. Hay que suponer lo que sería para aquel pueblo tan dado a su gloria militar, el acento inflamado de espíritu nacional que Esquilo infundía a sus versos. Lecciones de amor a la patria, saluciones a las tropas, cantos a los caudillos, relaciones magistrales de las victorias sobre los enemigos. Todo esto se halla en las obras del genial autor que floreció cuatrocientos años antes de Jesucristo, hacia las olimpiadas LXX.

Todo esto tenía necesariamente que repercutir en el aprecio del pueblo y los atenienses tuvieron por Esquilo las más sentidas manifestaciones de entusiasmo. Como a los otros grandes trágicos Sófocles y Eurípides — también eminentemente nacionales — se les erigió estatua de bronce en Atenas. Y no sólo su patria, sino otros pueblos le aclamaron, porque el amor decidido por su patria es sello que ennoblece y carta de honrosa presentación ante todos los países. El héroe nacional, es admirado aun por sus enemigos. En sus viajes a Siracusa y Sicilia, Esquilo recibió indudables muestras de admiración, recibíendosele con aclamaciones y festejos. Todo era merecido, honores, estatua, aplausos del pueblo, recibimientos entusiastas de príncipe, cuanto rendimiento se le tributó correspondía al genial poeta y valientísimo soldado de la independencia de Grecia. Su ejemplo fué crisol en donde se fundían en una aspiración la de todo el pueblo. Y todo ello realizado con modestia y con tal amor por su patria, que para él representó y siempre tuvo en más que

sus obras de artista, sus hechos de soldado: Maratón y Salamina fueron las únicas acciones de su vida que, como escribe Pausanias, juzgó dignas de memoria.

Sobre su tumba, en la ciudad de Gela, como epitafio al poeta y al soldado, puso Grecia estas palabras:

«Guarda este monumento al ateniense Esquilo, hijo de Euphorión: finó en Gela En doradas espigas abundosa. De su valor, el bosque celebrado De Maratón y el crinado Medo Pueden hablar, pues harto bien lo saben».

JOSÉ CASTELLÓN

EL DON QUIJOTE DEL NORTE

Así fué llamado por su liberalidad, por su valentía y por su obstinación el rey Carlos XII de Suecia, uno de los soberanos más belicosos e inquietos que ha habido en el mundo.

De carácter impaciente, se hizo declarar mayor de edad cuando sólo contaba quince años, y en la ceremonia de su coronación dió una prueba demasiado clara de su nervioso temperamento.

Encargado de ceñirle la corona el arzobispo de Upsal, hacía los preparativos tan majestuosa y pausadamente que el joven rey perdió la calma, y arrebatándole aquélla se la puso él mismo, dejando estupefacta a la concurrencia.

A los tres años de reinado tuvo que poner a prueba su valor, pues habiendo formado una liga el rey de Polonia, el de Dinamarca y el zar de Moscovia, trataron de arrebatarle sus Estados.

Puesto Carlos al frente del Ejército, derrotó a sus enemigos en menos de dos meses y se preparó para nuevas empresas.

Sitiada Nerva por 100.000 rusos, en 1700, Carlos de Suecia, con 9.000 soldados, cae impetuosamente sobre aquéllos, y no sólo los derrota, obligándoles a levantar el sitio, que les hace un gran número de prisioneros.

Poco tiempo después los puso en libertad, reteniendo tan sólo a los generales, pero devolviéndoles las espadas y el dinero.

Una vez humillados los rusos, el belicoso rey de Noruega ataca al de Polonia, se apodera de la Kurlandia, somete a la Lituania y entra victorioso en Varsovia.

Gana luego la célebre batalla de Clisau, pone sitio a Thorn y sienta en el trono a Estanislao Leczinski en lugar de su enemigo Augusto.

Enardecido con tantas victorias y enemigo de todo sosiego, declara la guerra al zar, y puesto al frente de 40.000 hombres, se apodera de Grotno, hace un tratado con los cosacos y establece su campamento en las orillas del Decena.

En aquel punto empezó a eclipsarse la buena estrella del ardoroso Carlos.

Mal avenido con la quietud, emprende la marcha hacia Moscou, y es derrotado en Pultawa el 8 de Julio de 1709.

Herido en una pierna y prisionero casi todo su Ejército, tuvo que buscar refugio en Turquía, donde fué muy bien recibido.

No transcurrió, sin embargo, mucho tiempo sin que, receloso el gran turco de tan peligroso huésped, le mandase salir de sus Estados.

Niégame a ello Carlos, se hace fuerte en su casa, y para conseguir que la abandonase tuvieron que pegarla fuego.

Llevado como prisionero a Demir-Tocca, se fingió enfermo por espacio de muchos meses, y cuando más debilitado le creían sus guardianes consiguió escapar, trasladándose a Stralsund.

Ocurrió esto en 1714, y cuatro años después, habiendo reorganizado en parte su Ejército, declaró la guerra

a Noruega, poniendo sitio a Frederieschall, donde halló la muerte, pues reconociendo una noche varias trincheras quedó muerto de un balazo que, según algunos historiadores, le dispararon sus mismos soldados.

Las anécdotas que de Carlos XII se refieren pintan por completo su carácter.

Era tan pródigo, que en cierta ocasión su tesorero Grothusen le presentó una cuenta de la inversión de 70.000 escudos, que estaba concebida en los siguientes términos:

«Diez mil escudos entregados a los suecos y a los jenízaros en virtud de las órdenes generosas de V. M., y los restantes me los he comido».

—Muy bien—exclamó Carlos—; así deben dar las cuentas los amigos, y no como el ministro de Hacienda, Muller, que para enterarme de la inversión de 10.000 escudos me hace leer páginas enteras. Te prefiero a ti, Grothusen, porque eres lacónico y franco.

De su galantería da clara idea el hecho siguiente: Un jefe de su Ejército se apoderó de la princesa Lubomivoski, favorita del rey Augusto.

Enterado Carlos, escribió al jefe una carta, que decía así:

«Como yo no hago la guerra a las mujeres, el teniente coronel Hage pondrá en libertad a la prisionera así que reciba la presente, devolviéndola cuanto la pertenezca; y si no se considerase segura para continuar su camino, el mismo teniente coronel la escoltará hasta la frontera de Sajonia».

Como prueba de su imperturbabilidad, se refiere este suceso:

Sitiado en Stralsund, se hallaba dictando unas cartas a su secretario, cuando cayó una bomba en su alojamiento.

El susto del amanuense fué tal, que al pobre hombre se le escapó la pluma.

Carlos imperturbable, le preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no escribes?

—¡Una bomba... señor!—replicó el otro, lívido y descompuesto.

El rey, sin moverse y sonriendo, exclamó:—¿Qué diablos tiene que ver la bomba con la carta? Prosigue, hombre, prosigue.

En la primera batalla a que asistió, descubierto por los enemigos, fué objeto de un fuego horroroso, y al oír el silbido de las balas, preguntó:

—¿Qué ruido es éste?

El de las muchas balas que os disparan—contestaron sus ayudantes.

—No me disgusta, y desde hoy esa será mi música favorita.

En la batalla de Nerva le mataron el caballo que montaba, y al saltar sobre otro, exclamó:—Estas gentes me obligan a hacer el ejercicio, como si no estuviera lo suficientemente adiestrado.

Con la muerte de Carlos quedaron tranquilos los reyes vecinos, pues sin ser un genio de la guerra, por la impetuosidad de su carácter no les dejaba vivir en paz.

LA LECHUZA ENCANTADA

Contaré esta vez un hecho para cuya comprensión hay que medir con buen criterio las diferencias que no puede menos de haber entre las aves, aun siendo de la misma especie, según habiten el campanario de una iglesia de Madrid o un hueco abrigado de algún viejo árbol de las selvas americanas.

Al anochecer de un hermoso día de caza me retiraba satisfecho a descansar en una posesión de mi amigo el Marqués de A., después de haber llenado mi zurrón con treinta y tres becasinas, fruto de reiterados ataques a tan exquisitas aves, en las orillas cenagosas de la Laguna de Arimao.

Como en los trópicos el crepúsculo es tan breve, se iba haciendo de noche por momentos, y cercano ya a la casa tuve que atravesar un bosque, en uno de cuyos gruesos árboles pude notar la extraña fisonomía de una lechuza, asomada como una vieja curiosa en los bordes de un negro agujero, como suelen tenerlos muchos árboles.

Detúveme un instante, y guiado por la antipatía que solemos experimentar por estas aves (que en realidad no nos hacen más que bien), decidí tirarla: habría unos diez metros; encaré tranquilamente y apreté el índice: al quitarme el arma de la cara, confiando en haberla muerto, me sorprendí de verla en el mismo sitio, y sólo noté en su mirada mayor fosforescencia y algo parecido a irritación.

—Me parece bien: conque ahora yerro un ave a diez metros, después de triunfar de las becasinas; ¡y yo que venía tan satisfecho de mí mismo! Vaya, tiraré otro tiro.

Disparé, y al disiparse el humo, quedo estupefacto, viendo en el mismo lugar al ave de los cementerios. Es ya de noche, el silencio es solemne, en lo alto la lechuza con aire sarcástico y despreciativo; sobre el suelo el humillante tirador con la escopeta

sin cargar y confuso, no acertando a explicarse lo que pasa.

—Si yo no supiera lo derecho que tira esta escopeta, podría atribuirle la culpa; pero yo apunto bien, y aunque fuera el mismo demonio voy a agotar la canana tirándole. Pensando esto en mi interior, cargo de nuevo la escopeta y me cercioro de que aún quedan cartuchos en mi cinto.

—¡Apunten! ¡Fuego!

Y la lechuza en el mismo sitio. Ya esta vez me parecía de mayor tamaño.

¡Vaya, será un efecto de óptica! Fuego otra vez.

Confieso que tiraba bien, aunque ya principiaba a perder la confianza de matarla.

Pero me llevé chasco. Al quitarme la escopeta de la cara sólo ví el negro agujero, que ya me parecía más negro y más fatídico que antes.

Quedéme pensativo, y aun recuerdo que intenté, pero en vano, trepar por el árbol.

—Pues señor, no lo entiendo; mi pulso no temblaba y yo con la escopeta no suelo tener miedo...

Y cargándola de nuevo dirigíme a la casa.

Al llegar mostré a mis compañeros mi espléndido botín. Al recibir sus plácemes les dije:

—No estoy satisfecho, señores. Me acaba de pasar un lance extraño; y les conté lo sucedido.

—Perico—dijo el mayoral, que nos escuchaba, a un muchacho de doce años que estaba presente:—¿sabrás llegar hasta el árbol que indica este caballero?

—Me parece que sí; voy por la lechuza.

Al poco rato se presenta Perico con cuatro lechuzas en la mano

El problema quedaba resuelto; cada uno de mis tiros había muerto una, que cayendo en el interior del albergue, daba lugar a que asomara su cabeza otra nueva curiosa.

Pero les aseguro a ustedes que un supersticioso hubiera pasado un mal rato.



ACABA DE PUBLICARSE

LOS CARROS DE COMBATE

DE LA INFANTERIA

(MANUAL PRACTICO DEL CARRO RENAULT)

del teniente Goutay del Ejército francés, traducido,
adaptado a nuestra organización y prologado por

Vicente Valero de Bernabé

PRECIO: 5 PESETAS



Siendo una novedad en España el carro de combate, este libro debe ser conocido y conservado por todos los Oficiales, pues sintetiza de una manera práctica cuanto se refiere a los fundamentos, mecanismo, funcionamiento y táctica del carro de combate Renault, reglamentario en nuestro ejército.

MANUAL DEL OFICIAL DE INFANTERIA EN CAMPAÑA Y MANIOBRAS

Por el Tte. Coronel García Pérez y el Capitán Valero de Bernabé

Este libro es una colección de reglas y normas militares, en las que están condensadas todas las que necesita saber un Oficial de Infantería en campaña o maniobras. Formando un pequeño libro, cuyo tamaño permite ser llevado en el bolsillo de la guerrera, colecciona en forma muy interesante y práctica todos cuantos conocimientos interesan al Oficial, referentes a organización de columnas, campamentos, vivaques, atrincheramientos, escuelas prácticas, reglas de tiro, devengos etc., etc.

PRECIO: 4 PESETAS

Los pedidos deben dirigirse al Administrador de ARMAS Y LETRAS
Duque de Osuna, 3 — — MADRID — — Apartado n.º 8.043
acompañando su importe en libranza del Giro Postal.